

# **COLECTIVERO**

NO. 8 // JUL-AGO 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2025 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa de las y los autores.

## ÍNDICE

1. TODOS LOS NOMBRES DE JUAN RULFO 1  
Hiram de la Peña
2. ANOMIA 17  
Luviana Re
3. CANCIÓN DE CUNA PARA TIGRES EN  
CAUTIVERIO 25  
Liliana López
4. LA VARA DE MAMÁ 33  
Trudy Pocoví
5. LA BESTIA EN EL RÍO 39  
Wendy Castro
6. INCLUSO EN EL PARAÍSO NO CANTAN  
TODO EL TIEMPO 65  
Ari Pérez
7. LÁZARO 83  
Lucía Rojo
8. EL CARACOL 91  
Sidi A. Hernández

9. PRISIONES INVISIBLES	97
Esteban Govea	
10. LA VIDA ES UNA BROMA DE MAL GUSTO	109
V́ctor Parra Avellaneda	

---

# TODOS LOS NOMBRES DE JUAN RULFO

HIRAM DE LA PEÑA

*«[...] me hubiera gustado un nombre más sencillo»*

Juan Rulfo

No sobreestimen mi papel al interior del proceso de deliberación de la Secretaría Nacional de Asuntos Científicos y Humanísticos. Mi nombre aparece en las actas como lo que fui y nada más: un testigo, aunque muy participativo debido a la incompetencia de otros. No digo que el rol no me haya puesto en una posición importante para tener detalle de lo que muchos quieren saber. En esencia: ¿cómo se toma una decisión trascendental en las altas esferas del Estado con respecto a ciencia y tecnología? Y más: ¿cómo se justifica una decisión tan mediocre? Si es que tengo algunas claves, se lo debo únicamente a que fui un tipo al que un funcionario comisionó como suplente. Mi jefe directo tenía cosas más interesantes que hacer. No hay dudas de que los resultados inesperados de las acciones de miles de personas enriquecieron lo que dejo en este archivo. Y, por supuesto, vale la pena contarlo con cierto grado de detalle.

El comité de la Secretaría tenía que elegir un proyecto para que el país pudiera recuperar renombre artístico en el escenario internacional. Mucho tiempo había pasado desde Frida Kahlo y Octavio Paz; el Estado requería de nuevas figuras u obras para “proyectar la imagen de la patria al mundo a través del arte”. Es decir: para vender recuerdos *kitsch* en todas las plazas de los Pueblos Mágicos y la capital; ese estilo *mexican curious* evolucionado, agringado, gentrificado para el (mal) gusto cosmopolita.

No se le dieron muchas vueltas al asunto, pues ya sólo quedaban dos proyectos sobre la mesa para el momento en el que las personas que deben tomar decisiones las tomaran. De los 1,573 proyectos presentados a la convocatoria, la mitad eran filtrados por una comisión lectora compuesta por practicantes, becarios y asistentes particulares de los delegados. Luego, un grupo de especialistas se encargaba de limitar las propuestas a tan sólo 50. Por falta de unanimidad, o por errores de registro, ese número llegó a 28. Después, fruto de una serie de quejas del comité final, lograron cerrar el embudo para que ellos sólo leyeran 3 propuestas. Una de estas fue eliminada de inmediato debido a que uno de sus integrantes no era mexicano de nacimiento, y ese día el comité tuvo un impulso nacionalista muy peculiar.

Rápidamente se notó la diferencia entre idiosincrasias en las mesas de expertos que se encargaron de realizar la selección final, pues las dos opciones sobrevivientes estaban exageradamente disparejas en cuestión de los valores que representaban, así como sus objetivos. Una era un trabajo colectivo de diferentes creadores artísticos reconocidos a nivel nacional; la otra, un *pitch*

de negocios proveniente de la universidad privada más famosa del país.

Los nombres oficiales de las propuestas finales se registraron así:

1. *Plan maestro de desarrollo de habilidades artísticas a nivel municipal: formación, profesionalización y proyección de nuevos creadores del arte.*

2. *Todos los nombres de Juan Rulfo.*

Sin duda alguna, el más auto explicativo era el primero. El segundo ganó puntos porque despertó la curiosidad del comité, tal vez el morbo y la siempre peligrosa incredulidad inicial.

—A ver, ¿de qué va ese de *Todos los nombres de Juan Rulfo*? —preguntó uno de los señores de traje.

—Se supone que tú ya habías leído la propuesta, Alfredito, ¿qué pasó? —dijo una señora de vestido.

—¡Bah! Cómo chingas, Bárbara. A ver, tú, dime de qué va ese. —Alfredito me señaló con el dedo tembloroso.

El *pitch* devenido en documento estaba firmado por Jesús de María Garza Garza y Roberto Antonio García Garza, ingenieros en Computación con Máster en Ciencia de Datos. Era algo difícil de explicar a los personajes que conformaban el comité, pues involucraba deshebrar unos argumentos un tanto dudosos que en la propuesta se traducían en una serie de metáforas forzadas.

—Bueno —dije con algo de titubeo—, se trata de una especie de algoritmo.

—¡Uy, ese me gusta! Muy moderrrrrrrnoooo —dijo la Subsecretaria de Educación, América Zenaida Hernández Robles.

—Ni sabes qué está diciendo el muchacho —intervino Bárbara.

—Con una chingada, Bárbara. —Alfredo de verdad repudiaba todo lo que dijera ni más ni menos que la dirigente nacional del Sindicato de Trabajadores de las Humanidades, Ciencia y Tecnología.

—Déjenlo terminar, pues. —La voz de mando era del Director de la SNACH, Augusto Rosales Canetti.

Sin complicarme tanto como los ingenieros detrás del proyecto, les expliqué brevemente que la idea era desarrollar un algoritmo capaz de procesar toda la narrativa de Juan Rulfo para redactar obras maestras a partir de sus textos. No había más. Lo que llamaba la atención era una obsesión peculiar por describir este procedimiento como una reconfiguración de los nombres de pila del autor. O sea, además de rescatar a una especie de escritor latente en sus cuentos y novela publicada, se proponía rescatar a todos aquellos autores que pudo haber sido a partir de sus dos nombres menos conocidos.

—¡Ay! Ya no te entendí nada —se quejó la maestra Zenaida.

—Ya ni la friegas —le recriminó Bárbara—, ¿pos qué no ves que Juan Rulfo tenía como cuatro nombres?

—Tres, en realidad —precisó Rosales Canetti—. ¿Nos podrías explicar para que entendamos todos?

Canetti, de nuevo, se refería a mí.

—Hmm... creo que lo mejor es entenderlo con nuestros propios nombres. Yo, por ejemplo, me llamo Juan Carlos

Hernández Acevedo, pero todos me conocen como Carlos Hernández. Lo que proponen los programadores es que si yo fuera un escritor consagrado, a través de mis obras, de alguna manera existiría un Juan Acevedo, también escritor, con otra obra que pudo haber sido, y que quedó latente en la que sí hice, hipotéticamente hablando. Es una especie de exploración de todas las identidades posibles de Juan Rulfo, exprimiendo sus múltiples nombres.

—¡Ah! —exclamó Zenaida.

—Es como el multiverso de Rulfo —Bárbara aseguró con firmeza.

—Pues no exactamente, porque eso implicaría que existieran otros mundos en los que... —Alfredito empantanó la discusión con un soliloquio sobre el verdadero significado del multiverso; se justificó diciendo que sus hijos eran fanáticos de Marvel. La verdad es que todos habíamos visto la figurita del Capitán América que colgaba de su llavero.

El profesor Rosales estaba entrado en años. Se tomaba el mentón de forma juiciosa, saboreando la idea de un algoritmo, aunque con cierta sospecha.

—¿Y si ya hicieron esa tecnología, qué quieren? ¿Dinero? —preguntó Alfredito.

—Necesitan servidores potentes para echar a andar la versión definitiva; lo que presentan en el documento son pruebas piloto —aclaré.

—Pero para eso se necesita computadora y ya, ¿qué no? —Alfredito se rascaba la cabeza y torcía la cara.

—¡Ay, cabr...! Bueno, suena bien, pero la otra propuesta cómo anda de precios, esta está muy cara. —Canetti se dirigía

a mí como a un empleado. Sabía que sus compañeros apenas y conocían los detalles de los proyectos.

—Yo, ahm... es todavía más cara, señor; la verdad, está más cara, pero... —Me contuve porque no era mi trabajo dar opiniones a menos que me las pidieran. No obstante, pensé que era la única forma de lograr lo que querían con la convocatoria.

—¡Uy! Pues ya está, que no estamos para regalar el dinero. —La profesora Zenaida habló contundentemente, como si hubiéramos llegado a un punto muerto en aquella reunión.

—Pues a mí se me hace que sí, ¿ya está, no? —preguntó Alfredito.

—¿De verdad ni siquiera van a ver bien la otra? —La maestra Bárbara llevaba una guerra contra Alfredito.

—A ver, de qué va esa... —El profesor Canetti lo dijo sin mirar a nadie en específico, pero me hablaba a mí. Tardé en reaccionar.

—Ah... este... es un plan de desarrollo de talentos, básicamente; de aquí a diez años tienen como objetivo...

—¡Uy! —exclamó la profesora Zenaida.

—Hmm... —se quejó Alfredito.

Todos estuvieron de acuerdo en que eso era un inconveniente gigantesco.

—Me gustan esos planes, de verdad, ¿pero es necesario tanto tiempo? Ni hablar, ¿para que se paren el cuello otros con lo que aprobemos? *Nombre*, ni hablar. —Rosales Canetti apartó el folder de su vista y comenzó a hojear con más seriedad el proyecto de *Todos los nombres de Juan Rulfo*.

—Aguas, profesor, van a decir que tiene poca fe en el partido para el sexenio que viene —le echó en cara Alfredito.

—Número uno, yo ni era del partido, me tuve que hacer del partido. Número dos, ese candidato que van a mandar nomás no tiene carisma —contestó el director de la SNACH.

—Eso es verdad —Bárbara lo apoyó.

—A ver, a ver, pues ya está, ¿no? Los que estén a favor, manita arriba. Son una, dos, tres, cuatro, ¿muchacho? —dijo Rosales Canetti.

Yo tenía indicaciones de votar como votara el director, así que levanté la mano.

—Ahora sí, cinco. Pues ya está. Nomás dos cosas que queden en el acta: del dinero que están solicitando nomás se les va a dar la mitad, y también anoten que necesitamos resultados al año o se les retira el apoyo. —Mientras Rosales Canetti decía esto, se fue levantando poco a poco de la mesa; en ese lapsus se escuchó el rechinar de las sillas, pues los funcionarios salían con prisa. Siempre.

El texto que describía la obra fue redactado por un becario del municipio. Y en este quedó constancia de lo siguiente:

*Tras un arduo proceso de deliberación con el más alto estándar de escrutinio, los abajo firmantes han decidido otorgar el galardón de proyectos culturales en el área de las letras al proyecto titulado Todos los nombres de Juan Rulfo, por su invaluable innovación tecnológica, así como lo novedoso de su enfoque en cuanto al rescate del panteón literario mexicano. Asimismo, también se elogia su visión a futuro y la astucia técnica en el planteamiento de sus objetivos de producción de obra a partir de la inspiración de dos de los clásicos más importantes de la narrativa nacional.*

Las cosas no tardaron en complicarse para la SNACH. Tuvieron un punto a favor, y este fue que la prensa no tocó el tema hasta que empezó a hacer ruido en redes la acusación de plagio por parte de la familia del escritor. Ahí terminó la aspiración de los colegas del Tecnológico. Lo que inició fue un fuego cruzado entre los funcionarios involucrados y un despliegue creativo de la comunidad artística, que pocas veces se unía en una causa en común.

Mucho antes de la demanda se había hecho pública la selección del proyecto de *Todos los nombres de Juan Rulfo*. Bajo las condiciones del inciso F de las bases, la decisión era inapelable. Pero fueron suficientes un par de publicaciones en redes sociales, hechas por creadores de cierta relevancia, para que se desatara el verdadero ingenio mexicano insolente.

Juan Francisco Villaurrutia publicó en su perfil que “La increíble ineptitud de nuestras autoridades en materia literaria se ha visto reflejada en una decisión que, además de rayar en el plagio y la violación total de los derechos de autor, desestima por completo el valor de los auténticos trabajadores de las letras en este país. El mandato de Canetti ha sido un fracaso total”. Saturnina Dueñas, con más de diez años de residencia en Barcelona y sin preocupaciones mayores sobre las consecuencias de sus palabras, con mucho más desprecio publicó: “El proyecto *Todos los nombres de Juan Rulfo* es la idea más pendeja que he escuchado en toda mi vida, y eso que yo ya no soy una colegiala. Tenemos a una verdadera bola de pendejos al frente de las instituciones culturales”.

Grupos de estudiantes especializados en el diseño de modelos de lenguaje replicaron, con recursos limitados, el objetivo del proyecto, y de bote pronto obtuvieron seis novelas distintas utilizando a *Pedro Páramo* como espina dorsal. En conjunto con la revisión de más de siete mil estudiantes de letras, publicaron un comunicado: “En cuanto a la faena técnica, un proyecto como el de *Todos los nombres de Juan Rulfo* sí resulta complicado; en cuanto a lo literario, nuestros compañeros de la universidad, y de otras facultades a lo largo y ancho del país, nos han hecho notar la gran pérdida de tiempo y recursos de procesamiento que representó este juego: las novelas son una porquería”.

Canetti estuvo a nada de ser destituido, y se le cuestionó sobre su decisión y fallo final desde múltiples instituciones culturales. La profe Zenaida fue la cabeza que, al ser cortada, sirvió como tributo a la opinión pública. En principio, ¿cómo apoyaba la jefa del sindicato el uso de inteligencias artificiales? Además, la profe se mostró torpe en un par de entrevistas orientadas a controlar daños, que en realidad abrieron heridas más profundas, así como dudas con respecto a su liderazgo.

En el caso de la comunidad artística, primero fueron los escritores, naturalmente, quienes idearon una respuesta al proyecto de Jesús de María Garza Garza y Roberto Antonio García Garza. Los primos habían publicado una reescritura del cuento *¿No oyes ladrar los perros?* Llevaba como nombre *¿Acaso ignoras a los canes?*, y firmaba, según ellos y su concepto, la identidad autoral de un latente Nepomuceno Vizcaíno. Este era su argumento principal en contra de las seis novelas publicadas por los estudiantes, las mismas que habían resultado

ser un esperpento. Argumentaban que con su capacidad de procesamiento actual, lo más ambicioso que podían publicar era un cuento. Más allá de este ejercicio ridículo, era interesante tratar de entender las implicaciones de la existencia de un Nepomuceno Vizcaíno y no de un Juan Rulfo. ¿No era suficientemente complejo el hecho de levantarse todos los días del año como una persona que tiene diferentes motivaciones, sueños y errores? ¿Quién podría decir que su propia existencia no es ya una maraña capaz de desbordar los límites de un nombre, de un conjunto de apellidos o de los datos de un pasaporte?

Contra todos los cuestionamientos posibles al tema de la identidad, los primos Garza insistían con las combinaciones de nombres como determinantes en la escritura digital de una obra latente, y que ahora era posible. Su cuento *¿Acaso ignoras a los canes?* gozó de una distribución exagerada gracias a los contactos de sus padres y sus amistades en la industria de los medios de comunicación. El cuento era flojito. Pero lo interesante del ejercicio era entender bajo qué parámetros el virtual autor decidía los giros narrativos. ¿Qué modelado de lenguaje podía imitar eso? Ese espíritu impulsó a diferentes colectivos a imaginar, con la información sobre la vida del autor, sus diferentes identidades a partir de sus nombres. En pequeños fanzines, a lo largo de tres volúmenes que se agotaron de inmediato, 60 escritores y escritoras ensayaron las posibilidades vitales de 60 posibles Rulfos alternativos. 40 cuentos exploraron estos mundos, y el valor lúdico de estos era innegable. Donde se abrieron otras ventanas de realidad fue en los 20 ensayos que también formaban parte de la colección.

Uno en específico trataba sobre el trabajo fotográfico del autor, la posible influencia de los volcanes y de los llanos. Se hacía preguntas con respecto al paisaje: ¿y si Rulfo hubiera fotografiado la costa del Pacífico?, ¿y si Rulfo nunca hubiera escalado cerro alguno?, ¿qué hubiera pasado si Rulfo jamás hubiese tirado una fotografía? También, otro de los textos celebrados de esta serie de fanzines, fue el de sus oficios del pasado y aspectos de su personalidad: ¿fue Rulfo el autor que fue por haber vendido llantas?, ¿qué elementos de su vida como agente de inmigración influyeron en su escritura y en su posterior éxito?, ¿cómo hubiera sido su figura pública si hubiese sido extrovertido?

La SNACH propuso a los colectivos la publicación en forma de estos textos en un compilado único y bajo los sellos gubernamentales correspondientes. La negativa fue total y los textos pronto se distribuyeron de manera gratuita con opciones de donación o financiamientos masivos para presentaciones especiales.

En cuanto a la respuesta de los programadores detrás del proyecto de *Todos los nombres de Juan Rulfo*, estos tuvieron el atrevimiento, si se me permite emitir mi juicio como observador, de amedrentar y amenazar a los escritores con una demanda de proporciones bíblicas. Pararon en seco, o, mejor dicho, toparon con pared cuando los nuevos números de los fanzines, 15 para ser exactos, incluían diferentes imaginarios de cuentos que nunca fueron, una novela por entregas, y la popular serie de 5 números dedicada al género epistolar e inspirada en

las *Cartas a Clara*. Ahí se imaginaban 49<sup>1</sup> autores posibles, con 49 resultados distintos, 49 pasiones de distinta naturaleza, una gama vasta de matices que pueden tomar la ternura y la sencillez de las palabras que se les dicen, llenas de significado, a las personas amadas.

Una novela, escrita a cuatro manos por dos académicas estudiosas de Rulfo, fue publicada con el título: *A trote rebotado*. En ella, se contaban las vidas de *Pedro Páramo* desde el punto de vista de un burro. La compañía estatal de teatro de Jalisco llevó por todo México una puesta en escena que contó con el

---

1. Como parte de mi documentación sobre el caso de *Todos los nombres de Juan Rulfo*, conservo para el archivo la combinación real de todos sus nombres, y se vale aclarar que esta visión, limitada, no inicia a captar siquiera la complejidad de, además de los nombres potenciales, la imaginación de identidades autorales infinitas. Dentro lo que es posible delimitar, sólo enlisto los nombres a continuación: Juan Pérez, Juan Rulfo, Juan Vizcaíno, Juan Pérez Rulfo, Juan Pérez Vizcaíno, Juan Rulfo Vizcaíno, Juan Pérez Rulfo Vizcaíno, Nepomuceno Pérez, Nepomuceno Rulfo, Nepomuceno Vizcaíno, Nepomuceno Pérez Rulfo, Nepomuceno Pérez Vizcaíno, Nepomuceno Rulfo Vizcaíno, Nepomuceno Pérez Rulfo Vizcaíno, Carlos Pérez, Carlos Rulfo, Carlos Vizcaíno, Carlos Pérez Rulfo, Carlos Pérez Vizcaíno, Carlos Rulfo Vizcaíno, Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno, Juan Nepomuceno Pérez, Juan Nepomuceno Rulfo, Juan Nepomuceno Vizcaíno, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno, Juan Nepomuceno Rulfo Vizcaíno, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo Vizcaíno, Juan Carlos Pérez, Juan Carlos Rulfo, Juan Carlos Vizcaíno, Juan Carlos Pérez Rulfo, Juan Carlos Pérez Vizcaíno, Juan Carlos Rulfo Vizcaíno, Juan Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno, Nepomuceno Carlos Pérez, Nepomuceno Carlos Rulfo, Nepomuceno Carlos Vizcaíno, Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo, Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno, Nepomuceno Carlos Rulfo Vizcaíno, Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno, Juan Nepomuceno Carlos Pérez, Juan Nepomuceno Carlos Rulfo, Juan Nepomuceno Carlos Vizcaíno, Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo, Juan Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno, Juan Nepomuceno Carlos Rulfo Vizcaíno y Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno.

aval de la familia Rulfo, y en ella se presentaba una serie de diálogos parcos entre una Josefina Vicens y un Juan Rulfo que lograban convencerse mutuamente para escribir nuevas novelas, de las cuales se arrepentían de inmediato al verlas publicadas y premiadas más por el peso de sus nombres que por la calidad literaria de los textos.

Tal vez este aval familiar era la crítica más grande a iniciativas como la de *Todos los nombres de Juan Rulfo*, aunque la espontánea creatividad de diferentes gremios artísticos superó con creces todas las expectativas y el potencial verdadero del proyecto infame que habíamos elegido desde la SNACH.

No quisiera verme como un crítico total de mis líderes, pero debo dejar acta de que Alfredito llegó a comentar, entre pasillos, que los escritores eran unos maestros del engaño. En sus palabras:

—¿Ya viste? No necesitaban dinero para trabajar los cabrones, nomás necesitaban apoyarse en el trabajo de otro para ahí sí soltar su imaginación. Es que ya ni la chingan.

Su comentario me pareció acertado y errado a la vez. Muchos olvidan que hay grandes novelas que fueron escritas con becas, y también hay ilusos que creen que pueden escribir un libro sin haber leído otros. Tal vez los programadores/empresarios del Tecnológico no estaban tan errados en acudir a una fuente importante de inspiración, pero procesar una obra e incorporarla al propio quehacer artístico implica mucho más que modelos de lenguaje automatizados, y más cuando compite contra la energía creativa del enjambre colectivo de escritores, fotógrafos y actores, todos metiches y sedientos de protagonismo o trascendencia, para usar una palabra solemne.

Contra eso, de momento, la IA se cae abruptamente, y se va desmoronando como bits fantasmas en busca de corazón.

**Hiram de la Peña Celaya** (Mexicali, 1993) es narrador y sociólogo. Su trabajo aparece en la antología del Primer Certamen de Literatura para Niños "Escribiendo para el Futuro" (2018) y en "Vacunas contra la poesía: antología de relato corto" (2020). Ha colaborado en Cinosargo, Letralia, Bitácora de vuelos, Tierra Adentro y Este País. "El árbol de la sombra fría" (2022) es su primer libro de cuentos, editado por el Fondo de Cultura Económica y Tierra Adentro.



---

## ANOMIA

LUVIANA RE

Se me diluyen las cosas. Se me van escurriendo entre... ¿los pensamientos? No. Más bien entre los pensamientos y la boca. La boca a punto de hablar y, en ese momento, todo cae y desaparece. Sé qué es *agua* y qué es *gato*. Conozco las diferencias entre *pan* y *mesa*. Pero cuando hablabas, apenas podías hilar unas pocas palabras inconexas. Sin palabras, el mundo se te iba borrando, y aquella tarde lo miraste con ojos ansiosos, rogándole que firmara.

*Nov 6*

¿No es una maravilla escribir? Cuando pude volver a hacerlo pensé que eso era: una absoluta maravilla. Me equivoqué.

Escribo esto con lo poco que aún queda de mí. Quizá en un par de semanas termine por irme, pero a estas alturas dudo que alguien se dé cuenta ya. O de que a alguien le importe. Ni siquiera sé si estas notas se conservarán mucho tiempo. Creo que cuando las vea, las borrará con un gesto rápido. Igualito a cuando agitamos la mano con impaciencia para ahuyentar a

una mosca que no deja de zumbarnos demasiado cerca. Dedo oprimiendo >> *Move to Trash Bin*. Con suerte, mis notas se quedarán en la papelería algunos días. Casi nadie se encarga de vaciarlas.

### *Nov 10*

Hoy oímos un podcast. De esas grabaciones antiquísimas que ya no se hacen, pero que antes eran populares. A mí me gustan, aunque Liam se burle. “¡Eres tan retro! Sólo tú pierdes el tiempo haciéndote el café mientras escuchas esas cosas. ¿Para qué? Si hay *coffee-caps*. Y esas grabaciones tienen información incorrecta. Lo sabes, ¿no?” Tiene razón. Las *coffee-caps* son instantáneas, pero siempre he creído que hay un poquito de valentía en el café matutino que se prepara a la manera de los Antiguos. Y últimamente he necesitado tanta... Además, seamos honestos, las *coffee-caps* saben a agua de calcetín. Mienten los que digan lo contrario.

¿Y los podcasts? No hay manera de que los defienda. Pero siento que esas voces olvidadas me acompañan mientras hago las tareas del día. Son fantasmas que hablan, sí, pero se sienten tan cerca... Dentro de poco, me volveré uno de esos ecos perdidos y qué sé yo, tal vez Liam también pueda oírme, aunque ya no esté.

Para mantener la costumbre, quizás para que yo esté tranquila, hoy puso —¿puse... pusimos?— uno. Eso creo. Aunque no lo sé: a veces pienso que ha olvidado que sigo aquí. Todavía sigo aquí.

En la grabación, dos científicas se burlaban de las declaraciones que Neuralink, una empresa hoy inexistente, había hecho sobre el cerebro, el uso de chips, y “el inicio de la telepatía”. Yo también me reí buenamente. ¡Pero qué tontería! ¿Cómo en ese tiempo podían creer algo así? Qué ingenuos eran los Antiguos.

Las científicas hablaban de todos los avances que había en su tiempo. Y, emocionadas, mencionaban a Gert-Jan Oskam, el primer hombre que pudo volver a caminar gracias a una cirugía en la que le colocaron implantes electrónicos en el cerebro. Sus implantes funcionaban como una especie de puente digital entre su cerebro y la columna vertebral, que era donde tenía la lesión. Me dio un poco de ternura oírlos: hoy ese procedimiento es algo tan rudimentario... A decir verdad, el pobre hombre caminaba un poco como robot. Lo sé, he visto hologramas grabados. Pero ¡ey! Yo creo que ni Gert se imaginaba que, muchísimas décadas después, una estatua de él estaría en el Centro de Investigación de Neurotecnología Cerebral de Massachusetts. Tan importante ha sido su caso para todos los avances que ha habido... Oh, si esas mujeres pudieran ver lo que se ha logrado, ¡se pondrían tan contentas!

Después, hablaron de casos bastante anteriores al de Oskam. No los conocía. En realidad, sé de Gert porque veo su estatua en cada visita de revisión con el Doctor Wernicke en el Centro de Investigación. Abajo de ella, hay un holograma informativo que cuenta toda su historia. Lo he leído tantas veces que casi me lo sé de memoria...

*Más tarde*

No puedo dejar de pensar en el podcast de los Antiguos. Una de las científicas habló con especial cariño de un tal Michael Hutchence. Dijo que era el vocalista de una banda musical. Que una noche se cayó de su bicicleta y se pegó en la cabeza. Así comenzó el infierno en su vida. Se levantó sólo con algunos raspones y se fue a casa. Pero a los pocos días supo que algo no estaba bien: hablaba, pero aterrado descubrió que nunca era exactamente lo que él quería decir. Y decisiones extrañas, tan alejadas de lo que normalmente haría él y, sin embargo, suyas. A su alrededor todos estaban desconcertados. Era él, pero... ¿de verdad lo era? Parecía como si alguien, algo, lo hubiera cambiado después del accidente.

Tras un par de años, Michael, desesperado y sin entender qué le estaba pasando, se suicidó. En realidad, nadie pudo entenderlo. *Bueno, amigos, aquí termina este episodio. Nos vemos en quince días.* Fin del podcast.

Tras escucharlo, algo se me apachurró por dentro. Y aquella sensación no se va, no se va... ¿Habrá puesto ese episodio para burlarse de mí? No creo. No percibo ninguna reacción.

Quiero llorar. Aquí todo funciona al revés, Michael.

Aquí no se dan cuenta. Nadie se da cuenta. Ni siquiera Liam.

Y no sé cómo decirle que ésta no soy yo. ¡No lo soy!

*Nov 13*

Tras mi accidente, Liam nunca estuvo del todo convencido con el uso experimental del reciente Sistema Avanzado de Rehabilitación del Aprendizaje del Habla (SARAH). Pero el Doctor Wernicke, con las manos sobre sus hombros y una mueca segura, dijo: “Vamos, hombre, que no es el fin del mundo. Su mujer se recuperará pronto. Claro que es su decisión, pero lo invito a que lo piense. Sarah está en la fase final y los resultados en casos similares han sido ¡s-o-r-p-r-e-n-d-e-n-t-e-s! Ciertamente, el caso de su mujer es especialmente difícil. La lesión en el lóbulo izquierdo de su cerebro ha comprometido toda la zona del lenguaje, pero estoy seguro de que al menos recuperará parte de su vocabulario y, ¿quién sabe?, quizá incluso pueda volver a leer, a escribir... Sólo necesita firmar la cláusula”.

Y a mí, que no me quedaban más que palabras sin sentido, que ya no entendía ni los números, ni las letras, me iluminaron sus promesas. Miré con ojos ansiosos a Liam, implorándole en silencio que aceptara. “Es que no hay nada peor que no poder hablar”, pensé. “Muñequita vacía, rota. Inútil hasta para ir al supermercado y comprar algo. Es peor que morir”.

Me equivoqué.

Nov 27

*Pain and suffering*

*And the struggle to be free*

[...]

*Lose my mind*

*And the world seems to disappear*

Busqué canciones tuyas, Michael. O, ¿buscamos? No, esta vez sí fui yo. Eso creo al menos. Últimamente me confundo mucho. Me pierdo en *eso*. Cada vez es más fuerte. Sin embargo, aún hay periodos que no está. No sé a dónde se va, pero lo agradezco. Es lindo sentirme yo, sólo yo de nuevo. ¿A dónde iré cuando no desaparezca más y comience a abarcarlo todo?

Tus canciones son viejísimas, Michael. La mayoría habla sobre amores tormentosos... Esa forma tan extraña que tenían los Antiguos de quererse.

Extrañaré a Liam cuando no pueda sentirlo más durante las noches invernales.

Dic 8

Para mi horror, los momentos en que se me enredan las palabras o las confundo son cada vez menos. Pero cuando pido *mesa* por *agua* o *gato* por *pan*, Liam y los amigos lo interpretan como un ligero bache en mi prodigiosa rehabilitación. Ya no pueden

verme. Han dejado de notar la diferencia. ¿La notaron alguna vez?

### *Dic 21*

Y los amigos me saludan. Y hay sonrisas amables y un tono cariñoso. Pero no son para mí. Ya no. Sino para Sarah, que les devuelve el saludo agitando nuestra mano. E inicia la conversación con alguna broma ingeniosa. Se ponen contentos. “¡Pero si has recuperado hasta el sentido del humor, chica!” “Ah que es mejor, ¿no lo creen?”, y Liam me mira con esa intensidad que hace años se había apagado para mí. Tampoco ahora lo es.

Oh, Michael, ojalá tuviera tu voluntad para abrazar el placer absoluto de una muerte libre... Pero no. Siempre he sido cobarde y la sola idea me da náuseas. Además, Liam jamás entendería el porqué. No lo niego, acaso desvanecerse con esta lentitud macabra sea mucho peor. Y, sin embargo, esto de parecer y no ser... Una se va acostumbrando.

**Luviana Re** (Ciudad de México, 1988). Hija de la lluvia y lo liviano. Vive en una ciudad hecha de museos. Como lógica consecuencia, desde hace años es guía voluntaria de uno. A ratos, corrige y edita libros ajenos. A ratos también la ilumina la alada pasión por los estudios literarios, algo a lo que últimamente dedica bastante tiempo. Algunos de sus textos pueden encontrarse en revistas literarias como *Espejo Humeante*, *Irradiación*, *Sarabatana* y *Especulativas*.

— — —

## CANCIÓN DE CUNA PARA TIGRES EN CAUTIVERIO

LILIANA LÓPEZ

—¡Hola! Soy Violette, tu guía personalizada en el Museo del Circo. Mi imagen está inspirada en la bailarina bretona Violette Dubois del siglo XIX. Mi vestido cambiará de color según las piezas que contemplemos. ¿Sabías que el circo es más antiguo que la propia palabra circo? ¿Me acompañas? Di «quiero saber más» para escuchar información divertida.

El antiguo domador de fieras, Salomón Ferrara, escuchaba aquella voz sin tomarla en serio. Las máquinas con apariencia humana le parecían un derroche, como fuegos pirotécnicos que nadie contempla. Le causaban rechazo aunque fueran la última innovación en museografía.

Era fácil identificar a los organismos sintéticos sensibles: su tono de voz no era monótono y sus gestos tenían encanto. Su desarrollo fue muy polémico pues utilizaba conciencias de los ya fallecidos. Las personas donantes firmaban en vida una concesión, pero los prototipos iniciales fueron elaborados con conciencias animales. Era una programación inteligente que combinaba la agilidad artificial con la memoria emocional de seres sintientes.

A Salomón no le interesaba el tema de los andróides, menos el de los ginoides, y estaba más entusiasmado por saber cómo lo estaba tratando la Historia en aquel museo. Le ordenó a la bailarina que narrara sobre el circo Vitali, el que fuera su lugar de trabajo durante treinta años. Violette narraba alegre y al mismo tiempo desplegaba hologramas interactivos; tenía programada la *Marcha del Héroe* como música de fondo.

—El Gran Circo Vitali fue uno de los últimos espectáculos clásicos y continuó teniendo éxito como empresa aun después de la prohibición de animales a inicios del siglo XXI. La familia Vitali lo fundó en 1976 y se hizo mundialmente conocido en 1987. En el 2027 clausuró sus emblemáticos números con tigres, elefantes y perros. A partir del año 2035, Gran Circo Vitali se convirtió en una fundación de espectáculos artificiales, cambiando su nombre a Vitali Circa. Di «quiero saber más» o haz en voz alta tu comando.

—Muestra toda la información sobre Salomón Ferrara, domador.

—En la base de datos se encuentran: Salomón Ferrara, padre, y Salomón Ferrara, hijo.

—*Hijo.*

—Nacido en 1980, hijo del reconocido domador florentino y de la empresaria andaluza Camila Castro, se especializó en los tigres de Bengala desde muy joven. Tuvo una carrera bastante exitosa en el Gran Circo Vitali. Se casó en el año 2001 con la contorsionista madrileña Maclovia Gala, con quien tuvo tres hijos: Darío, Diego y Dalia. Fue el último maestro que formó a una generación de domadores de animales. Participó

brevemente en el senado, donde defendió la tenencia de seres vivos para espectáculos.

Para ilustrar la biografía, la bailarina Violette proyectó una pista de circo realista que servía para enmarcar un video creado a partir de archivos de la familia Ferrara. Esto no impresionaba a Salomón, a pesar de que había fotos de sus hijos que él no había visto antes.

—*Quiero saber más.*

—¡De acuerdo! Hablemos más. Esto fue un templo de horrores. ¡Oh, sí, señor! Y yo fui alguna vez la cosa más bella del circo. Ya estuve antes aquí: yo fui de carne y hueso.

—*Quiero saber más* de Salomón Ferrara hijo, no de la bailarina Violette Dubois.

—¡Para allá vamos! La aventura del saber es como el circo, ¡nos sorprende igual! ¿Reanudamos? En esa época mis hijos y yo reinábamos los espectáculos. Por mí se hicieron largas esperas y alboroto en las taquillas. Pero para ser amorosa con la verdad, debo agregar que a mis hijos me los quitaron cuando eran todavía pequeños, se los llevaron a otros circos, los vendieron.

El tutú de Violette cambió a color azul profundo.

—Soporte técnico. ¡Venga, la máquina no sirve!

Salomón golpeó a la bailarina con su bastón. El museo no funcionaba con los refuerzos conductistas a los que acostumbraba el domador, así que Violette siguió:

—Nosotros no podemos arrullarlos con canciones de cuna. No podemos decirles adiós. Con ese dolor, con ese vacío, tenía que seguir bailando en el fuego, besar la mano de todos los payasos.

Mientras narraba, se sincronizó la imagen de un payaso con el trasero en llamas, corriendo alrededor de una pista. Estos segundos de pieza audiovisual se repitieron en bucle, distorsionando el holograma proyectado.

—Cállate, ¡ya! ¡Soporte técnico!

El tutú de la bailarina cambió a violeta tornasol.

—Yo me acuerdo bien, señor, muy bien. Yo viajaba en mi caja, y recuerdo que toda la caravana paró en un valle. Pensaba que habíamos bajado a estirar el cuerpo. Usted vino; recuerdo que le murmuró a su hijo: *estas cosas mejor si se hacen rápido*. Y yo enseguida sentí aquella explosión en la cabeza. Se me aflojaron las patas, y ustedes solo se fueron, me dejaron ahí, como si yo no hubiera sido una estrella, como si yo no supiera saltar sobre aquel aro estúpido. He cruzado información, y sé que con la prohibición de animales te deshiciste de todos nosotros del mismo modo.

—Basura, ya cállate.

—No conforme con vender nuestra vida, a nuestros hijos, vendiste también nuestra muerte.

Salomón quiso esquivar a la bailarina artificial, salir de la sala, pero ella se interpuso.

—Recuerdo cuando nos conocimos. Era pequeña entonces, aunque conocía la libertad, pues crecí en el mundo natural. Aun así, perdoné todas las veces que desesperada moví mi cabeza en las rejas de aquella jaula, porque, ¿sabes?, quería correr; mis músculos me lo pedían. Oh, y me acuerdo bien de los golpes. Luego fui grande, fuerte. Aun así, nunca me atreví a hacerte daño. Lo sabes, jamás hubiera hecho a tus niños lo que hacías con los míos. Era como ser pequeñita siempre. Tenía miedo,

Salomón, tenía mucho miedo siempre de ti, de tu traje negro con rojo que brillaba hasta la última grada.

El señor Salomón dejó de pedir ayuda técnica. Pensó que era una broma muy mala de la fundación. Violette continuó hablando y su vestido oscureció hasta el negro absoluto:

—Y también me acuerdo de que, durante mi muerte, se acercó aquel hombre. Él encapsuló esta, mi mente, en un cuerpo de metal y pulso. Yo sufría contracciones, y aquél solo me ponía unos aparatos que pasaban corriente eléctrica a todas mis venas. Recuerdo que movía las patas sin querer y, pobre de mí, lo que me preocupaba es que me fueras a castigar por eso. Luego me pusieron aquí, para que contara con naturalidad el guion de la exposición. Otra vez, otra jaula. Mi señor, no me reconoces todavía, pero tú y yo somos viejos amigos. Sé a qué has venido. Siempre fuiste un hombre vanidoso, quieres saber cuántos preguntan por ti. Y ahora mismo, no voy a obedecerte. Hoy que vi tu figura malhumorada entrar por la puerta no me sentí enciclopedia.

El antiguo domador dio unos pasos atrás, sosteniendo su bastón como si fuera el látigo de sus años dorados. La bailarina, parada sobre la punta de sus pies, siguió a Salomón como un felino, acechándolo con pasitos silenciosos. Entonces, el vestido negro se tornó rojo intenso:

—Soy como la bailarina de una cajita musical. Vienen personas a tocarme, aunque les diga que no. A ustedes les divierten los peores deseos, eso lo sabes. Mírame, puedo girarme toda. Los trucos que podría hacer, ¿verdad? Estarías encantado. ¿Te gusta la voz que tengo, Salomón? Mi boca es hoy como la de cualquier mujer que hayas llevado con engaños a tu camerino,

y es también la boca en la que estuvo tu cabeza muchas veces, la boca abierta en la que reías para el público. Acércate. Estos labios de verdad los conoces. Acércate más: *estas cosas mejor si se hacen rápido, ¿no?*

El aliento de la bailarina le respiraba en la cara. Olía a hambre y esta vez no había manera de alimentar a la bestia, que en una perfecta *cinquième position*, abrió la boca de un diámetro antinatural, deformando su propio rostro delicado y bello. Frente a aquellas metálicas fauces, Salomón Ferrara se congeló cual animal adiestrado. Mirabella, la famosa tigre de bengala del Gran Circo Vitali, le regaló un adiós rápido, en memoria de la única consideración que él tuvo con ella.

Luego, el rostro regresó a su tamaño normal, y la tigresa bailarina actualizó la base de datos sobre Salomón Ferrara, hijo, quien ya se encontraba en paz. Y así, tan quieto, por primera vez pacífico, solo parecía un visitante durmiendo en el museo.

**Liliana López León (1984).** Es una escritora bajacaliforniana radicada en Barcelona. Obtuvo el Premio Estatal de Literatura 2022 de Baja California con el poemario Este vientre es un conejo de carbón. En el 2024 obtuvo el accésit del I Premio Nacional de Poesía LorcaBiciudad con el poemario Animal de silencios. Ha publicado en las revistas Pez Banana, Sputnik, Espejo Humeante, El Septentrión y Especulativas. Participa en las antologías de cuento Letrinas del Cosmódromo, Extrañamientos y también en Raras e Inquietas. Es doctora en Medios, Comunicación y Cultura por la Universitat Autònoma de Barcelona.



---

## LA VARA DE MAMÁ

TRUDY POCOVÍ

Mamá tenía una vara que no usaba para pegarnos, sino para medir que los cubiertos estuvieran perfectamente alineados, sobre todo cuando recibía en casa y obraba de anfitriona.

Una vez que Alina, la mucama del servicio, preparaba la larga mesa del comedor, de ese comedor que únicamente se abría y ventilaba para acoger las visitas, iba mamá con su vara y verificaba que los cubiertos, ordenados de menor a mayor desde el plato hacia afuera, se mantuvieran perfectamente acomodados, que los platos, sobre todo el grande sobre el que se apoyaba el más pequeño de la entrada, estuvieran centrados. Por encima de estos, la servilleta confeccionada en la misma tela del mantel y plegada en forma de rosa o de cisne (¡con los años, Alina se había vuelto experta en papiroflexia!) no debía sobrepasar la altura de tres pulgadas (sí, pulgadas y no centímetros pues mi madre se guiaba por las revistas para el hogar inglesas). Luego verificaba las copas: de agua la más grande, de vino tinto la siguiente, de vino blanco, de cristal ligeramente verde, si había alguna carne blanca o pescado; por detrás de estas, una copita pequeña para un vino dulce, Moscatel Blanc o un Riesling, o bien un licor que acompañara los postres;

a la derecha de esta copa menor (como mamá la llamaba), se colocaba un plato pequeño plano, de metal o madera, casi siempre con alguna carpeta de hilo o una blonda de finísimo papel, donde se apoyaba el pan (*mignoncitos* que hacía hornear especialmente), y ubicado exactamente a medio pie de aquella, ni pulgada ni milímetros de más o de menos... ¡para eso estaba su vara!

Recién ahora, de grande, me doy cuenta de las obsesiones de mi madre... Quizás te perdonaba un aplazo en matemáticas, pero jamás la raya al costado torcida ni que el lazo de los cordones de un zapato fuera más largo o más corto que el otro.

Papá la soportaba con un estoicismo que envidiaría cualquier ateniense. La dejaba hacer en vista a un bien mayor: la paz familiar. No importaba si tenía que cambiarse de medias dos o tres veces porque no combinaban con el traje o los cortinados (cortinados que se mudaban cada seis meses como mínimo atendiendo no tanto a los estilos y modas, sino al carácter volátil de mi madre), tampoco le prestaba atención a las objeciones contra su bigote. “Es decididamente asqueroso; la comida se te queda atrapada entre los vellos; si pensás que eso te da un toque de virilidad estás muy equivocado..., no, no, y no, ni pienses que voy a dejar que me des un beso con esos bigotes que aún tienen olor a la sopa de la cena...” eran algunas de las cosas que le espetaba en cualquier momento del día, y papá, con una sabiduría arcana, se enrollaba una de las puntas de sus bigotes y sonreía furtivamente.

A veces, cuando contemplo la platería opaca (ya no estaba Alina para lustrarla cada jueves, se usaban o no los ciento treinta y seis utensilios y cubiertos) o la cristalería incompleta porque

seguro que una de mis hijas jugó con ella, la extraño. Aunque en vida era insoportable (y por eso no culpo a papá por hacer lo que hizo), cierta nostalgia, cierto sentimiento imperfecto que ella rechazaría seguramente, me sobrecoge.

Recuerdo esa tarde de domingo. Los abuelos habían venido a almorzar. A mamá no le gustaban mucho los almuerzos, pero los abuelos se acostaban temprano, demasiado. Decía: “¡ni siquiera podría tener con ellos un adecuado *cocktail!*”

Mi madre prefería las cenas; sostenía que la noche permitía dar rienda suelta a ciertos placeres, ciertos excesos que nos espantarían concebidos a plena luz del día. Amaba colocar candelabros en la sala, y a veces también en la mesa, dependiendo del número de comensales; candelabros con velas torneadas rosa pálido o verde agua; rojas y verdes en Nochebuena, doradas en Año Nuevo, ¡inconcebible otras!... Por otra parte, las cenas se prestaban a tertulias más luengas que nos adentraban a los misterios que recelaban las madrugadas y nos prolongaban en horas inciertas, horas sigilosas atravesadas por fantasías, secretos e historias escabrosas. Del comedor la manada se desplazaba a la sala; a veces los hombres preferían congregarse en la biblioteca para no estropear con los humos densos de sus habanos el delicado equilibrio de las féminas. Al café con amarettos podía seguirle una copita de *Hesperidina* que ayudara a la digestión, o del *limoncello* traído de Italia por tal o cual pariente.

Pero vuelvo a mi recuerdo y a esa tarde de almuerzo con los abuelos, su última tarde. Es extraño, pero no tengo memoria sobre lo que comimos; sin embargo, puedo evocar el perfume que había decidido usar (de entre la decena de fragancias que

atesoraba en su tocador) y el estampado de su vestido, ceñido a la cintura y con un amplio escote espejo, un pequeño collar de perlas diminutas y parejas y aros haciendo juego.

Los abuelos llegaron y se marcharon a la hora de siempre, tan puntuales como las revistas inglesas que se compraban en casa, tan apegados a su rutina como mamá a su vara.

Sin tertulias ni licores, subimos todos a “echar una siesta”, como madre llamaba. Pero por esas cosas que tiene la vida (o la muerte) mamá no lograba conciliar el sueño. Terminó de hojear la última Vogue; volvió a releer un artículo sobre los beneficios de tomar sol, otro sobre el presunto romance de cierto actor italiano, pero, ni así conseguía siquiera sentir un leve sopor... Sus ojos brincaban de un punto a otro del gran dormitorio (casi seguro cambiaría el empapelado), de un objeto a otro (la lámpara de pie estaba fuera de estilo)... hasta que los vio. ¡Los bigotes de mi padre! Sus asquerosos bigotes, amén de repugnantes, estaban torcidos... ¡Sí, torcidos!... O Desalineados... o como quieran llamarlo. Sin dudar un instante, saltó de la cama y bajó a buscar su vara. Midió. Su vista no la había engañado; a pesar de los años conservaba el don... Volvió a medir para asegurarse. Definitivamente esos inmundos *moustaches* eran más largos de un lado que del otro. Con determinación, tomó una de sus afiladas tijeras y cortó el excedente. Inmediatamente, un sueño embriagador se apoderó de ella.

Cuando papá despertó, advirtió el ultraje. ¡Cómo pudo! ¡Con qué derecho! ¡En qué pensaba! ¡Cortar sus bigotes! No sé cómo se sentirá una mujer violada, pero sí supe cómo se sintió

papá con esa felonía. Un acto más péfido que serle infiel con su mejor amigo.

La ira desproporcionada sólo pudo ser contenida por su versado estoicismo.

Pero como dije, mamá era presa de un sueño pacífico y profundo; el sueño de los justos, pensé, sin objeciones de conciencia. Su vara había quedado a un lado de la cama junto a las tijeras.

Con cierta inocencia, creo (no concebía maldad en mi padre), tomó la vara y midió el rostro de mi madre. Con sorpresa descubrió que su esposa no era todo lo perfecta que imaginaba. No, las cejas estaban desalineadas. Así que tomó las tijeras y cortó suavemente.

Luego advirtió que las orejas no mantenían la misma altura medidas con relación a la frente. Así que volvió a tomar las tijeras, pero ante el primer corte (necesitaría más de uno) mamá dio un respingo y soltó un grito. Se llevó la mano a la oreja sangrante; percibía el rojo tibio escurriéndose por el cuello, descendiendo hasta el escote espejo; un hilo bermellón que se perdía entre sus senos.

—Es que tus orejas están desalineadas... ¡lo medí! —exclamó papá vara en mano—. Como tus cejas, desigualmente inclinadas, pero no te preocupes, ya lo solucioné... Mmmm... fijate en los ojos. —Y le alcanzó un espejo de mano mientras la sangre, su sangre, inundaba con manchas perfectas el acolchado.

Y como mamá quizás perdonaba un aplazo en matemáticas, pero jamás la raya al costado torcida ni que el lazo de los cordones de un zapato fuera más corto o un extremo del bigote más largo, cerró los ojos, y lo dejó hacer.

**Trudy Pocoví** (Argentina). De sus numerosas distinciones obtenidas, cabe destacar: Premios Municipalidad de Santa Fe 1985, XV Fiesta Nacional de las Letras; “Mateo Booz” de la A.S.D.E., “Julio Migno” de la Universidad Católica; “Santa Gertrudis” de la Asociación de Escritoras Católica; “Hugo Mandón” de S.A.D.E; de la Asociación Mutual de Empleados, Rosario; del IV Encuentro Nacional de Escritores, Mendoza; Certamen Anual “Leoncio Gianello” por libro de poesía inédito, A.S.D.E y Mención Especial en el Certamen “Rosalinda Fernández de Peirotén para poetas del litoral fluvial argentino”, Premio Edición Municipalidad de Santa Fe género cuento, 2004. Publicó en revistas literarias de España y Austria y en diversos diarios del país. De su autoría “La Casa de los Amos” (cuentos 1994) y “El Cazador de Moscas” (cuentos 1995) “Jirones de nada” (poesía 2001) “La Plegaria de Don Vitto (cuentos 2004) “Esos profundos ojos verdes y otras historias escabrosas” (cuentos, 2022 Ed. De la Paz). Coordinó el Taller Literario para Jóvenes dependiente de la Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad de Santa Fe. Actualmente el taller de la Asociación y UPCN Santa Fe. Actualmente es presidente de la Asociación Santafesina de Escritores (A.S.D.E).

— — —

## LA BESTIA EN EL RÍO

WENDY CASTRO

El padre Manuel Aguirre despertó bruscamente de su siesta de las cinco de la tarde: los golpes secos contra la puerta de madera no cesaban y solo se detuvieron cuando sus pies tocaron el cemento frío. La cama emitió su chillido habitual; era vieja, como todo en la casa sacerdotal.

—Lamento despertarlo, padre, pero traigo un mensaje urgente del obispo Velázquez. Lo necesitan en la hacienda de Doña Beatriz de la Cruz.

—¿Qué sucedió? ¡No me digas que falleció la viuda!

—¡Dios no lo quiera, padre... es algo peor! —El seminarista se quedó en silencio, pasándose las manos sudorosas sobre el manto caoba que le cubría el pecho.

—Habla ya, muchacho.

—Dicen que... la hacienda está maldita.

*Maldita.* La palabra quedó suspendida en el aire, como una mosca.

Ya se murmuraba en el pueblo; algo extraño sucedía en la hacienda. Los animales estaban muriendo; vacas con la lengua hinchada, caballos víctimas del sueño perpetuo. Huevos negros. Un olor amargo flotaba sobre el río. Campesinos con los

huesos rotos amanecían en sus catres, como si algo los hubiera arrastrado mientras dormían. Algunos decían que todo era parte de un castigo; otros, que se trataba de algo más antiguo que el pecado.

Beatriz, al principio, desestimó los rumores. ¿Su hacienda maldita? ¡Já! Pero a medida que pasaban las semanas y el miedo de sus trabajadores crecía, también lo hizo su propia preocupación. ¿Qué sería de la cosecha?, ¿de su casa, su dinero, su apellido?

—De seguir un mes más así, todo lo que mi familia ha hecho por este lugar quedará en el lodo —decía con los dientes apretados.

El obispo no tardó en actuar. La viuda era una de sus más generosas benefactoras. En nombre de Dios, del equilibrio económico de la diócesis, y de su bolsillo, envió al padre Aguirre a bendecir la hacienda.

—Estará una semana allí. Cuídese mucho, padre.

Luisa, la cocinera, alzó su mano callosa y firme para trazar la señal de la cruz sobre el rostro siempre pálido de Manuel, salvo por el ceño fruncido que le había quedado desde que leyó la carta con el sello del obispo:

*“Hijo mío:*

*Atiende al llamado de Doña Beatriz de la Cruz. Realiza el ritual para bendecir cada rincón del lugar (es prioridad que los peones te vean haciéndolo, Manuel).*

*En estos casos, apégate a los requerimientos del trabajo. Ora. Ora mucho. Por favor, acaba con las fantasías inútiles de esa*

*gente. Haz lo necesario para que todos los herejes que alimentan la presencia del maligno en esas tierras se convengan de que solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo perseveran sobre el mal en dicha y gracia. Amén.*

*P. D. No te olvides de agradecerle a la señora de la Cruz. Sin su generosa donación no podríamos seguir con la buena obra de Dios.*

*P. P. D. Pórtese bien, padre. No queremos que se repita ningún incidente... En momentos de confusión, encomiende sus dudas al Señor”.*

A la tarde siguiente, una carreta de ruedas desiguales cargada de suministros se detuvo frente a las puertas de roble. El padre Manuel Aguirre salió con su maleta; se encontraba vestido con pantalones de lino y camisa negra, collarín blanco y su sombrero oscuro de ala ancha. Bajo el brazo llevaba una caja de madera con los instrumentos del oficio. Adentro: una cruz de metal oxidada, tres rosarios deshilachados, una Biblia con las hojas torcidas por el uso y un frasco de un litro donde Luisa solía guardar la mermelada de ciruela; ahora, lleno de agua bendita. No hay mejores armas de Dios, pensó. Mientras avanzaba en el camino, bajo el constante bamboleo de la carreta guiada por mulas, Manuel intentó mantener la mente en silencio. Pero el calor lo envolvía. Círculos de sudor espeso se formaban bajo sus axilas. El sol, apenas filtrado por el ala del sombrero, parecía perforarle el cráneo.

La cabeza le dolía, no por el viaje, sino por la farsa que tendría que representar ante la viuda. El obispo le había dado una sutil advertencia: atenerse a las reglas del sistema, o su trabajo pendería de un hilo. A Manuel le resultaba imposible no sentirse como un niño regañado. No quería defraudar a sus superiores, pero tampoco a sí mismo. A veces sentía que el pensar demasiado le inflaba la mente hasta convertirlo en un globo; una sensación embriagante y peligrosa invadía sus sentidos. Flotaba en el limbo, sin cielo ni tierra.

Cuando la hacienda se abrió ante él, sintió cómo el sudor viscoso le alcanzaba las pestañas. El aire se volvió más espeso, tal vez por la mezcla de los olores del cultivo con el estiércol de los animales. Las copas de los árboles eran altas, hermosas y, sin embargo, había algo en la manera en que el viento movía sus hojas que lo inquietaba.

—No se me sienta, padrecito... pero, ¿usted cree que esa agüita podrá calmar a la bestia? —fueron las primeras palabras que el chofer le dirigió.

Manuel bajó la mirada a la caja entre sus manos. El frasco de mermelada, ahora sagrado, tintineó levemente contra la cruz. Hay cosas que ni la fe limpia, pensó, pero al menos podemos hacer que parezca.

—Con fe todo se puede lograr, hijo —respondió sin inmutarse.

—Como usted diga, padrecito. Me dicen Pancho, soy el de los mandados... Deje lo llevo con la patrona, debe estar esperándolo en el salón. —Se rascó la nuca—. Hubiera llegado más pronto por usted, pero ya sabe cómo es esto. Una mula estiró la pata en el camino y pa encontrar otra... ¡Íjole! Me las vi negras.

Manuel le palmeó el hombro, instándolo a avanzar hacia la casona. A simple vista, todo parecía normal. Recordó las palabras del obispo: “Acabe con las fantasías de los hombres”. ¿Eran fantasías? No podían no serlo, se repitió.

Era un hombre de pocas palabras. Hacía meses que no tenía ningún colapso. No quería sentir su cabeza desprendiéndose del cuello, no allí, tan lejos de casa. La sola idea lo hacía temblar.

El viento trajo consigo el canto de las aves. Parecía escuchar un leve murmullo, una lengua que desconocía.

—Es... muy bello —susurró.

Se detuvo un instante. Miró las flores rojas que decoraban las macetas; también las había visto en la entrada. Ahora estaban en el jardín interior. Desconocía su especie; tenían pétalos alargados y un centro blanco. El aroma, casi picante, penetraba por la nariz hasta la garganta.

—¿Le parece, padrecito? Espérese a la noche, tonces no querrá ni asomarse por las ventanas. —Le siguió Pancho con una risa que solo podía compararse al sonido chillón de una hiena.

—¿Cómo dice?

Manuel se negó a dejar que el escalofrío que le subía por la espalda alcanzara su rostro. La fe no vacila, se dijo.

—Ya lo sabrá. —Sonrió. Tenía varios dientes rotos. Uno, dos, tres, cuatro...—. Llegamos. La patrona debe estar adentro. Un gusto, padrecito. Yo correré la voz: ya llegó el salvador de la hacienda. —Se quitó el sombrero de paja e hizo un gesto teatral de reverencia.

Manuel retrocedió un paso, observando a Pancho perderse entre la vegetación. En una hacienda tan grande, se había

imaginado a decenas como él. Trabajadores supersticiosos. Ignorantes, era la palabra favorita del obispo. Pero Manuel no podía juzgarlos tan duramente. En un lugar tan aislado, ¿qué otra cosa les quedaba más que caer en las tentaciones?

—Espero que haya tenido un buen viaje, padre. Sé que el calor ha sido insoportable. Disculpe que no mandara el carruaje, pero hemos tenido inconvenientes con los caballos.

—¿Qué tienen sus animales? —preguntó Manuel, curioso, mientras sorbía de la taza de té rojo que la criada le ofreció en cuanto puso un pie en el salón.

Doña Beatriz de la Cruz se alzaba como una estatua en el centro de la estancia. Su vestido azul zafiro con bordados dorados le cubría hasta los tobillos. Su cabello estaba recogido en una trenza gruesa, montada como corona sobre la nuca. Bajo los ojos, tenía dos medias lunas oscuras. Tenía el rostro sin una gota de pintura, mas no era fea. Había algo inquietante en su manera de alzar el mentón puntiagudo para mirar por debajo de las pestañas. Desdén refinado; eran esos aires heredados de cuna, fortalecidos por tener el as del poder en la mano. Todavía tenía algunos pretendientes interesados más allá de las cuantiosas sumas a su nombre.

Manuel recordaba haberla visto en varias veladas de caridad, cuando su esposo aún vivía. Nunca hablaron directamente. Por eso se sentía nervioso: estiraba su collarín como si este lo asfixiara.

La viuda arqueó las cejas pobladas en un gesto inquisidor. Sus ojos negros estaban llenos de *algo*. No supo de qué, pero lo inquietaron.

—Hemos tenido problemas para hacerlos correr. Lo único que hacen es dormir; nos estamos quedando sin opciones. Yo misma los he marcado; no importa cuántas veces lo haga, no despiertan. —Bebió de su té con fingida calma—. Pero no se preocupe, padre. Su trabajo es dejarme la hacienda libre de todo mal. Confío en que el obispo Velázquez mandó al mejor.

El salón donde lo recibió la viuda, para su sorpresa, se le figuró pequeño, cargado de una atmósfera sofocante, con muebles acolchados de terciopelo verde olivo, que competían por la atención con las armas de diversos calibres y las cabezas de animales exóticos que cubrían las paredes. La más notable fue la cabeza del alce de grandes cuernos. La silla de la viuda se encontraba justo debajo del animal. Había algo hipnótico en los ojos de aquel animal: negros y profundos, parecía que lo miraban, juzgándolo desde su pedestal, como si la criatura, atrapada entre la muerte y la vanidosa materialidad, pudiera ver a través de su carne.

Doña Beatriz extendió su taza a la criada, sin mirarla, pidiendo más. Esta seguía absorta, mirando por la ventana. Impaciente, la viuda le vació el resto caliente sobre los dedos del pie descubierto. Manuel desvió la vista. Sintió una punzada de ardor en sus propios dedos.

—No sé si soy el mejor, señora, pero haré lo que esté en manos de Dios para aliviar su angustia.

Al volver la mirada, la criada tenía los ojos vidriosos; los dedos, rojos y encogidos. Doña Beatriz, por su parte, sostenía una taza limpia y llena.

—No sea modesto, padre —dijo tras levantarse de la silla, alisándose la parte delantera de la falda—. Juana, encárgate de

enseñarle al padre dónde dormirá. Lamento no poder ser mejor anfitriona; últimamente los negocios me han consumido. Si no duermo después del té, sus efectos no funcionarán.

El cansancio en su voz no solo se refería al trabajo.

—Cualquier cosa que necesite, Juana estará a su servicio durante su estancia.

La viuda le sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario, como si quisiera decirle algo. Pero no lo hizo. Se dio la vuelta y desapareció bajo el arco de un largo pasillo a la izquierda.

—Por aquí, sígame. —Las palabras de Juana le parecieron a Manuel un susurro de ultratumba; su voz era casi imperceptible.

Sin duda, pensó Manuel, el miedo era producto de una histeria colectiva. No había ningún rastro de la bestia. A menos, claro, que considerara el comportamiento abusivo de la patrona con su criada como algo salvaje. Esa idea le revolvía el estómago, le picaba en la conciencia, como una espina; el venenoso deseo de ayudarla lo embriagó. Pero no era esa clase de salvador; Pancho estaba equivocado.

Tras instalarse en su habitación temporal, tenía planeado salir a explorar la hacienda para iniciar la “bendición” del lugar.

—Ya casi llegamos.

Cuando Juana le sirvió la taza de té, Manuel apenas la había notado como mujer. Pero ahora, siguiéndola por detrás, sentía una fuerza magnética que le impedía desviar la mirada. Las curvas femeninas lo saludaban con descaro, y su cuerpo traicionaba su frialdad con un súbito ardor en las mejillas.

Se obligó a alzar la vista, entonces los notó: sus ojos rojos, al borde del llanto, después de la quemadura. Recordó también a los caballos, marcados una y otra vez por la viuda, insensibles al

hierro candente como cuerpos sin alma. No era sólo el sol lo que dejaba huella en la piel de los sirvientes, sino algo más hondo, más cruel: la marca del poder.

Fijó los ojos en las alpargatas oscuras que cubrían los diminutos pies morenos de Juana. En cada paso, le pareció que cargaba el peso de la hacienda entera. En sus dedos quemados, en sus manos callosas, la nuca agachada, en la espalda endurecida... Manuel vio más de lo que quiso ver.

—Volveré en un rato más con su cena.

—No se moleste, Juana, no estaré... aquí...

Sus palabras murieron al ver que Juana se había desvanecido de la modesta habitación.

Sopesó la idea de irse. Podía rezar un rosario mientras caminaba sin rumbo, purgando sus pensamientos. Pero el crujir de sus tripas fue tan alto que el hambre le ganó al deber. Con un suspiro pesado, se resignó a esperar la cena.

El padre Aguirre palpó su reloj de bolsillo: un obsequio del señor obispo. Era uno de esos pequeños lujos que solo portaba en momentos de suma necesidad. El artefacto indicaba que faltaban quince minutos para las siete de la tarde.

A través de la ventana, el paisaje mostraba el descenso del sol tras la sierra, tiñendo el cielo de un naranja tan vivo, que le recordó a la lengua del maligno saboreando el pecado hecho hombre. Hecho carne. Hecho muerte. Las sombras de la arboleda danzaban sobre el suelo como espíritus hambrientos, interrumpidas por los barrotes que protegían la ventana. Las mismas flores rojas de la entrada se enredaban en el hierro como si quisieran entrar. Por un instante, sintió que había caído en una trampa. ¿Qué hacía ahí?

Creyó que la maraña de sus pensamientos se aclararía con un buen sueño. Quería retrasar el efecto globo, evitar que le explotara la cabeza como en otros tiempos, cuando pensaba con el corazón, con el deseo.

El cuarto era austero, hecho para una sola persona. La cama no era muy distinta a la que tenía su nombre en la casa sacerdotal. Frente a esta, un baúl marrón rojizo guardaba unas sábanas dobladas con dedicación. Del lado opuesto a la ventana había un escritorio simple de caoba con su silla. Encima, una lámpara de aceite sin encender. En la pared, un cuadro con valles franceses colgaba sobre la cabecera tallada de flores.

Manuel, ya molesto, sacó su cruz de metal de la maleta y la colgó en su lugar. En todo caso, no serían los franceses quienes lo protegerían en sueños. Aunque, si era honesto, tampoco estaba seguro de que Dios pudiera protegerlo de sus pensamientos...

Al ver que Juana no llegaba, se rindió al cansancio del viaje. Miró su reloj, confiando en que el peso del hábito lo arrancaría del sueño a la hora justa.

Pero no fue su cronómetro interior el que lo sacó de su ensoñación.

Fue un grito. Un alarido gutural que desgarró la noche como un puñal, arrastrando mil culpas sin perdón: vio al caballo, sin rostro, el cuerpo marcado cien veces; olfateó la carne quemada, agria.

El corazón le martilleaba con violencia, queriendo salirse por las costillas.

Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, distinguió la figura de Juana en el marco de la puerta.

Llevaba una bandeja con comida sobre las manos.

—¿Has escuchado eso, Juana? —preguntó aún con el pulso acelerado.

Juana se acercó al escritorio, dejando el plato humeante de sopa y los bolillos sobre la madera. Tomó la lámpara de aceite, con delicadeza la encendió. La mecha tembló; una luz ámbar bañó la habitación.

—No escuché nada. Estaba usted dormido cuando entré. —Su voz seguía igual de vaporosa como la primera vez.

—Debí haber estado soñando —murmuró, frunciendo el ceño.

Bien lo decía el padre José López: uno no debía acostarse sin rezarle a la Virgen, para evitar que los demonios hicieran nido en los sueños. Aunque fuera superstición, no volvería a pasar por alto la oración. No le permitiría a la hacienda jugar de nuevo con su mente.

Manuel Aguirre se quedó de pie frente al escritorio. Al principio creyó que Juana solo estaba siendo cortés, esperando a que se levantara de la cama para irse. Pero ella seguía firme como una estatua en la esquina, tan quieta que parecía haber brotado de la pared.

—¿Usted hizo la cena, Juana?

Tal vez, pensó, un poco de charla banal rompería el hechizo.

—Ayudé —respondió.

—Se ve muy apetitosa.

Manuel miró el rostro pecoso de la muchacha; no podría tener más de veinte años. ¡Jesús! ¿Tendría siquiera más de quince? Llevaba puesto un cinturón de cuero que le ceñía el vestido de algodón, marcando cada curva y redondez a la perfección. La luz danzaba sobre su rostro como un oleaje rojizo.

Su mirada cabizbaja la volvía pequeña, vulnerable, como los ciervos cuyas cabezas disecadas colgaban de la pared del salón. Le entristecía pensar que allí estaba el destino de Juana.

Cuando levantó los ojos, tan oscuros y brillantes como el chocolate tibio, enmarcados por unas pestañas tupidas negrísimas como su cabello, algo se quebró en la atmósfera.

Sin pronunciar palabras, Juana deslizó sus ágiles dedos flacos por los cordones que ataban la parte superior de su vestido, tirando de ellos con una lentitud reverencial. La tela cedió.

El vestido cayó poco a poco, cual flor nocturna abriendo sus pétalos rosados en medio de la penumbra, revelando una piel tostada, irreal, retratándose como una pintura intocable, ajena a este mundo.

El padre Manuel sintió que su cruz metálica le ardía en el pecho, como un reproche divino. Quiso recordar los votos de castidad, pero las palabras no eran más que un eco carente de significado.

—Juana... —El nombre se le escapó como un quejido.

Una sed rabiosa se apoderó de él.

—¿Sí, padre?

Como si despertara del sueño, la pregunta de Juana lo trajo de vuelta al presente. Avergonzado, pasó la lengua por sus labios.

—Tráeme... una jarra con agua, por favor.

—Sí, padre —respondió sumisa.

No supo en qué momento ocurrió, pero al alzar la mirada, Juana estaba de nuevo vestida. Sus senos ocultos, su expresión fantasma intacta. ¿Acaso no había estado al borde del pecado segundos antes? El sudor frío de su nuca, que le resbalaba por la columna y el temblor en sus manos gritaban que aquello

había sido real. Sin embargo, los ojos serenos de Juana parecían burlarse de su memoria.

Antes de que se marchara, advirtió:

—Deja la jarra afuera de la puerta. Toca dos veces. Así sabré que eres tú.

—Como desee, padre.

Y se fue.

Manuel se cubrió las orejas como para constatar que su cabeza seguía en su sitio. Suspiró. Todo estaba bien, se dijo. Todo estará bien.

Esa noche no pudo dormir. Pensaba en la clavícula fina de Juana, en el grito desgarrador y en la habitación siendo consumida por el fuego. Cuando el sueño lo venció, el rostro del chofer se le apareció, sonriendo con esa boca sin dientes mientras cargaba en brazos a la mula muerta. La sangre que caía del cuello del animal formaba charcos espumosos que se movían como si hirvieran con vida propia. Gusanos viscosos nacían de las burbujas.

—Fue la bestia —murmuró una voz detrás de él, tan cerca que podía sentir el aliento hediondo quemándole los vellos de la nuca.

—*Páasi ipáani...* —repetía.

Con el pasar de los días, el padre Manuel Aguirre fue cediendo a una nueva rutina. Desayunaba y cenaba solo. Y por las noches, las pesadillas lo atormentaban. Ni recitar todas las oraciones que había aprendido en vida le impedía su noche negra.

Juana seguía al pie de la letra sus indicaciones. Tocaba dos veces la puerta y dejaba la bandeja en el suelo. A veces pensaba

que ella lo vigilaba, así como los demás peones, desde algún agujero, ocultos entre los muros.

Después de peregrinar por los corredores de la hacienda, rezando y bendiciendo, al volver siempre encontraba sobre el escritorio una jarra con aquel té picante. Lo bebía con resignación; le escocía la garganta. Pero se había dado cuenta de que entre más bebiera, más somnolencia le daba. Creía que así podría reducir el número de pesadillas, tal vez.

La curiosidad lo había llevado hasta los establos. Allí vio con sus propios ojos la maldición: más de veinte caballos dormidos, como bajo un hechizo. Respiraban, mas no despertaban. Todos marcados con símbolos que no entendía. Alrededor, unos pocos peones lo miraban con ojos desconfiados, murmuraban entre dientes. Manuel los saludaba con la mano, pero nadie se acercaba.

No había vuelto a ver a Pancho. A veces, algún cerdo o gallo se le cruzaban por el camino de piedras. En un intento por imponerse a los ruidos extraños del viento, arrancó algunas flores rojas, combinándolas con racimos de manzanilla y lilas. Las puso en un jarrón sobre su escritorio.

A la hora de la comida, Doña Beatriz de la Cruz lo invitaba a su mesa. A su lado, Manuel había probado de los más exquisitos platillos: mole, chiles poblanos rellenos de queso y siempre, sin falta, la tradicional porción de arroz rojo esponjoso.

—¿Qué le pareció el elote?

—Está muy tierno.

—¿Y de sabor?

—Sabe bien.

—Usted no habla mucho. No termino de decidir si eso es bueno o malo, padre.

—Me disculpo, no se lo tome personal.

Me gusta más observar, agregó en su pensamiento.

Beatriz sonrió. Una sonrisa sin dientes ni alegría, pero satisfecha. Levantó su copa de vino tinto y bebió un trago largo, como quien sella un trato. Le hizo una seña con la mano a Juana. La muchacha no reaccionó. Estaba ida, los ojos en ninguna parte.

La viuda, sin quitar la sonrisa, tomó un limón del cuenco y lo arrojó con fuerza, dándole a Juana en la mejilla.

Manuel desvió la mirada hacia su plato. El arroz seguía ahí, como si no hubiera pasado nada. Pero él sabía que sí. ¿Por qué era un cobarde? ¿A quién le temía? A Dios no...

—No hay mejor maíz que el de mis cultivos, ya lo vio usted, padre —dijo con orgullo.

—Toda la comida ha estado muy rica, señora.

Un nudo se le había formado en el estómago.

—Es lo menos que puedo hacer. Dígame, ¿ya fue a visitar las cosechas? Quiero que todo quede bañado en agua bendita, padre. Erradicar el problema de raíz.

—Lo haré esta misma tarde, señora.

—Excelente. Yo sabía que podía confiar en usted. —Tomó otro sorbo de vino. Sus labios teñidos de borgoña brillaban con la luz matinal—. Le cuento que he estado mandando correspondencia con el obispo. Quiero construir una capilla aquí, en la hacienda. Hace falta un lugar apropiado para mostrar los debidos agradecimientos. Así, al fin podré darle misa a mi difunto esposo todos los días.

—Es algo necesario, me parece una buena decisión, señora.

Tal vez, si está cerca de Dios, su espíritu se purgue de la malicia que lleva dentro, pensó Manuel, sin atreverse a decirlo.

—Me alegra que piense así porque acordé con el obispo que lo quiero a usted para presidir las misas.

Manuel tragó con dificultad. Fue consciente de los trozos de elote entre sus dientes.

—¿Perdón?

—Es lo más lógico, padre. Usted ya está conociendo mi hacienda, y no me gustan los extraños. La decisión está tomada. Aquí no le faltará nada. Podrá regresar a su casa, como acordamos originalmente, para recoger el resto de sus cosas personales.

Las palabras de la viuda fueron como clavos en su ataúd.

Sin esperar respuesta, se levantó con elegancia. Alisó su falda, esta vez de un color idéntico al de sus labios, y como aquella tarde lejana en el salón, inclinó sutilmente la barbilla antes de marcharse. Juana la siguió.

—Disfrute de su elote.

El padre Manuel se quedó solo en la inmensidad del comedor; una decena de asientos vacíos a su alrededor lo asfixiaban. La luz de las ventanas, antes dorada, había perdido su calidez: ahora caía como un manto gris sobre sus hombros. Miró su plato con asco. La sombra de Doña Beatriz de la Cruz seguía rondando la sala. El vino le parecía más espeso; el maíz, menos dulce.

Esa noche, bajo la luna llena, los pasos del padre hacían eco en el abismo de sus pensamientos mientras cruzaba el pasillo para salir a los cultivos. La noticia de que iba a vivir en la hacienda maldita lo había tomado por sorpresa. Se preguntó si, cuando

subió a la carreta, con su caja entre los brazos, su destino ya había sido sellado. Como el del venado, como el de Juana. ¿Y si el obispo y la señora se habían reído a sus espaldas?

Sobrepensó el gesto de Luisa; quizá su bendición tenía otro significado, quizá supo que no regresaría.

Su sueño siempre fue peregrinar al sur: conocer la selva, adoctrinar mientras comía bayas del monte y nadaba en cascadas. Ese sueño murió a sus cuarenta, cuando entendió que las monedas dictaban el orden del mundo. Esa fue la primera vez que colapsó, cuando dejó de creer en la bondad, cuando comenzó a dudar de que había alguien en los cielos que cuidaba de él, de los desamparados, de todos. ¿Qué le quedaba ahora? A sus cuarenta y cuatro años, su futuro se encarnaba en la hacienda de Doña Beatriz, calmando fuerzas invisibles, huyendo de tentaciones carnales y probablemente subiendo unos cuantos kilos por tanta comida bien condimentada.

—Señor redentor, bendice lo que tocan mis manos. Protege la tierra bajo mis pies. Libra del mal esta hacienda. Ilumínanos con tu paz —murmuraba el padre mientras hundía la yema de sus dedos en el frasco con agua bendita para después salpicar a su alrededor.

Se detuvo ante el parloteo de los animales. Aunque esta vez no entró al establo, posó sus manos sobre la madera y recitó plegarias para sanar, para infundir algo de fuerza a sus cuerpos dormidos. Jamás había visto algo como eso... cada vez creía más en la idea de que algo estuviera envenenándolos.

Al girar, sus zapatos fueron tragados por el lodo. Los chillidos le erizaron la piel. El olor a estiércol le perforó la nariz. Frente a él

se extendía un corral de cerdos. Rápidamente, metió los dedos en el agua.

—Cristo todopoderoso, cuida a tus hijos y a los animales que habitan en esta tierra. Amén.

Sintió una urgencia por alejarse; la pestilencia era insoportable.

Unas manchas oscuras por poco lo hicieron perder el equilibrio. El padre observó con interés a los niños pequeños corriendo entre los charcos, deslizándose por una de las orillas rotas del cerco. Eran delgados; sus pequeños cuerpos se le figuraron unas graciosas culebras. Iban riendo mientras se lanzaban los restos de mazorca que los cerdos habían dejado sin terminar.

Extrañamente, una sonrisa boba se dibujó en el rostro del padre Manuel. Por un instante, pareció que nada en el mundo importaba más que ese juego salvaje.

Alzó su mano y los bendijo en silencio, aunque no creyera ni en su propósito, ni en lo que recitara. Lo único que sabía era que no quería que sufrieran.

—¡Chamacos, sálganse de allí! —gritó una mujer a lo lejos—. ¡Ya llegó su pá!

Debía ser la madre, apenas una figura negra en la cima de la colina.

—¡Ya casi es hora!

No pudo ver su rostro, pero sintió que sus ojos pasaban de vigilar a los niños... a clavarse en él.

—¡*Kúu!* —gritó la mujer.

El sonido lo atravesó. Se alejó con un extraño sentimiento en el pecho. Aún sentía su mirada perforándole la nuca. ¿Acaso

sabía quién era él? Claro que sabía quién era. Todos lo sabían; era el padre traído por la patrona, el que venía a erradicar a la bestia.

Pero ellos conocían la verdad: la bestia no se iría sin pelear.

Cruzó los sembradíos siguiendo el sendero formado con los años por el paso de las carretas y las pisadas de los trabajadores. A su lado, el muro verde de maíz se mecía bajo el viento fresco de la noche. A lo lejos, percibía un sonido hipnótico, como agua cayendo, golpeando contra rocas invisibles.

Recordó que, en una de las comidas, Doña Beatriz mencionó el río que corría cerca de los cultivos. Era útil para el riego, decía, pero se quejaba de que los peones creyeran que era suyo y se metieran a bañar. Prefería que fueran a la laguna de Girijillo: un pueblo naciente, a más de tres kilómetros de la hacienda.

Decía muchas cosas a la hora de la comida. Manuel lo entendía ahora. Lo entendía todo: la viuda, con una venda en los ojos, estaba furiosa por la bestia que merodeaba sus cosechas e impedía que los peones hicieran su trabajo.

Entonces lo entendió.

Antes del limón, fue el té en los pies; antes del té, un bolillo a la cabeza; y antes del bolillo, los azotes que la viuda le arrojó a Juana en las pantorrillas. Y a la otra criada. Y al peón que entregó la canasta de maíz. La verdad era que ninguno quería estar allí. La bestia era cruel.

El sombrero del padre voló de su cabeza. El viento lo arrojó a sus pies. Lo vio arrastrarse por la tierra, después cobró la suficiente altura para perderse entre la boca verde de la vegetación. Era su único sombrero. Apresuró el paso. Debía tener cuidado si no quería terminar tragando tierra.

El sonido del agua se intensificaba. Pronto se halló en medio de un claro. El maizal había quedado atrás. ¿Y su sombrero? Lo vio caer como una pluma dentro de un agujero. No pudo apartar la sensación de que algo malo le iba a ocurrir. La cabeza. La cabeza le estaba creciendo.

La luz fantasmal de la luna, combinada con la tierra negra bajo sus pies, dificultaba advertir lo evidente: había más de un hoyo. Cayó, siendo sepultado de la cintura para abajo. Sus pies y rodillas le gritaron piedad.

La caída lo tomó por sorpresa, casi tanto como la voz que lo siguió.

—¡Ay, padrecito! ¿Qué hace aquí? ¿No debería estar ya tapadito, rezándole a su santito?

Fueron las manos de Pancho las que lo alzaron por las axilas. Con esfuerzo, escalando por las paredes húmedas, logró salir.

—Le agradezco su ayuda. No sabía que ya habían iniciado la construcción de la capilla —dijo entre quejidos, sacudiendo el pantalón de lino. Un acto inútil: la tierra ya lo había manchado de negro.

—Los hoyos no son para la capilla —respondió Pancho con una sonrisa que hizo eco a la de su pesadilla.

—¿Entonces, por qué tanto hoyo?

La cabeza. La cabeza le dolía.

—Es para la bestia, padrecito.

Uno, dos, tres, cinco, diez... dejó de contar cuando notó la cantidad de hoyos que lo rodeaban.

—¿Para la bestia...? —murmuró. Entonces vio su sombrero. Caminó hacia él con lentitud.

Al levantarlo, descubrió debajo la cabeza degollada de un cerdo.

—¡Dios mío!

—No se asuste, es una ofrenda pa la bestia.

—¡No hay ninguna bestia! —gritó horrorizado.

Manuel prefería desmayarse. No había animal ni ente misterioso; la verdad era más injusta que un hechizo y un par de bendiciones. ¿Por qué se aferraban a sus ritos?

Sus dedos tocaron las alas del sombrero, manchadas por la sangre fresca del cerdo. Lo soltó. Se limpió contra su camisa, sin importarle ya su blancura.

—Claro que sí hay, padrecito. ¿No ha ido al río? En el río están los lamentos del olvido. El maíz podrido. Los cuerpos de nuestros muertitos.

Creyó estar volviéndose loco. De entre las cortinas verdes del maíz apareció Juana, presidida por un grupo de personas. Hombres, mujeres... algunos los reconocía de sus caminatas matutinas. También vio a los niños del corral; había collares de flores rojas en sus cuellos. Todos los llevaban. Juana traía en sus manos un plato sopero; en el líquido rojizo se reflejaba la noche.

—*Bibii iséwi*, padre —dijo Juana.

—*Béewi jaa mo'iu, béewi jaa mo'iu, béewi jaa mo'iu...*  
—cantaron los demás.

—¿Qué pasa, Juana? ¿Qué quieren?

Estoy soñando... debe ser un sueño... pensó Manuel. Pero no recordaba haberse acostado.

—*Mee'ka chuk, nóok iim* —dijo Juana, acercando el plato a sus labios, bebiendo. Luego quiso hacer lo mismo con él. Manuel negó con la cabeza.

—Por favor, Juana, ¿qué están haciendo? —rogó.

—¿Tiene miedo? —Grandes manos comenzaron a masajearle los omóplatos—. Afójese... solo necesita un traguito. Ánde, abra. Imagínese el cuerpo de Cristo.

Bebió.

Bebió porque no le quedaba de otra. Bebió porque sentía los dedos del hombre con sonrisa de fiera clavársele hasta los pulmones.

Lo que siguió fue más delirio que realidad. Una pesadilla sin retorno.

El líquido carmín tenía un leve sabor amargo, seco; le recordó al té que bebía desde que llegó a la hacienda, solo que menos dulce.

¿Acaso era eso? ¿El té lo hacía alucinar?

Justo antes de dormir lo bebía. ¿Y si las pesadillas eran reales?

Tenía que escapar de ahí.

El líquido le quemó el estómago. Intentó vomitar, pero Juana y los demás le abrieron la boca hasta que no quedó ni una gota en el plato. Lo levantaron, lo zarandearon. Sus pies flotaron por encima de su cabeza.

Juana también voló, y su sombra lo cubrió todo, tomando el papel de la luna. Se llevó la mano a la boca, pero ni la presión pudo hacer que los dientes no se le cayeran. Uno a uno, se le escapaban.

Era el infierno. ¿Por qué a él? ¿Por qué?

Ni los gritos, el agua subiéndole por las pantorrillas, el viento gélido cortándole las mejillas... nada lo despertaba.

Los niños trajeron a la bestia.

Estaba amarrada. No medía tres metros ni tenía cuernos, pero sus ojos negros le chuparon el alma. De su boca solo escapaban maldiciones.

La trenza de la bestia estaba libre; el cabello azabache le caía como cascada hasta la cintura.

Manuel sintió el mango áspero de un cuchillo en la mano. ¿Quién se lo había dado? No lo sabía. Ya no estaba seguro de ver, ni de saber nada.

—*Páasi ipáani.*

Las garras de la bestia le arañaron los brazos, pero el padre continuó cortando la tela del camisón, hasta que llegó a la carne, y de la carne a los huesos.

No paró hasta que la mujer dejó de moverse.

Tomó la cabeza por los cabellos y, con un gruñido gutural que le nació de las entrañas, la alzó en el aire. Gritos de júbilo y risas lo envolvieron. Antes de perder el sentido, le lavaron el cuerpo ensangrentado en el río.

Horas más tarde, despertó.

Juana estaba a su lado, pasándole un paño frío por la frente. El padre intentó hablar, pero la lengua se le iba hacia atrás.

—Shhh... todo estará bien.

Estaba acostado en un catre a orillas del río. El sol le había reseca los labios. Los ojos le ardían al intentar enfocar el paisaje.

Flotando en las aguas, a unos metros, yacía el cuerpo sin vida de la bestia. Sin cabeza. No necesitaba ver su rostro para reconocerla. Solo una mujer en la hacienda podía usar esas telas.

Desvió la mirada hacia sus brazos: arañazos profundos le surcaban la piel.

El padre Manuel Aguirre había muerto.

—Shhh... usted vino a salvarnos de la bestia, padrecito. Dígale a su dios que estamos agradecidos —susurró Juana, besándole la sien.

Manuel comenzó a llorar, mirando su reflejo ondulante en el río.

**Wendy J. Castro**, originaria del puerto de Guaymas, es escritora y creadora de contenido. Estudió Literaturas Hispánicas en la UNISON. Ha sido publicada en la antología de poesía *Senderos de Sal*. Su cuento “Pasto” aparecerá en el número de otoño de la revista *Imagisaurio*. También ha participado en congresos nacionales e internacionales de literatura. Comenzó escribiendo cuentos y poemas en las páginas de un diario y, desde entonces, escribir se ha vuelto su refugio y espejo. En su canal de YouTube, *El diario de Wen*, y su cuenta de Instagram @diariod\_wen comparte su amor por los libros y el mundo del arte.



— — —

## INCLUSO EN EL PARAÍSO NO CANTAN TODO EL TIEMPO

ARI PÉREZ

*Ideals are never realized, only tarnished.*

—William H. Gass, en entrevista

La inquietud provocada por la sensación de que algo se le estaba olvidando fue lo que despertó a Marlowe de su largo sueño.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el techo impoluto de su habitación a través del visor transparente de la tapa de la cápsula homeostática en la que se encontraba acostado. Recordaba el techo de un color beige pero supuso que su ayudante Kurtz —nombrado así por él—, había vuelto a remodelar la casa.

Levantó el brazo derecho de su costado y presionó el botón holográfico de «abrir» en el lado interior de la tapa de su cápsula. Ésta se deslizó hacia sus pies y Marlowe pudo levantarse. Procedió a sacarse los tubos de nutrientes y regulación hormonal que estaban conectados a su estómago y a quitarse los parches eléctricos que mantenían sus músculos

ejercitados para no atrofiarse mientras él dormía. Atisbó, sin prestarle mucha importancia, el contenido de color naranja en los tubos de alimentación y, de pronto, le llegó un regusto a papaya al cerebro.

—¡Kurtz! —gritó impaciente. El amanuense mecánico entró por las puertas corredizas de su habitación con pisadas precisas, sin tropiezo alguno. Quizá de manera *demasiado* perfecta, pensó Marlowe.

—¡Señor Marlowe! Qué sorpresa verlo despierto. ¿Le ocurre algo?

«¿Señor?» se repitió mentalmente. «¿Desde cuándo ha dejado de llamarme “amo”? Quizá se debe a una nueva actualización. ¿Y por qué no se queda junto a mí observando mi estado de salud? ¿Qué rayos hacen cuando no observamos?».

El cambio en formalidad lo incomodó un poco pues, de haber sido creado como un sirviente casi esclavo, había pasado ahora a ser, quizás, *alguien* —y no algo— de su mismo nivel: un hecho que los filósofos de su época habían augurado que sucedería tarde o temprano si no se les imponía un control.

—Tráeme mi ropa.

—Pero se encuentra en su periodo de ingesta, señor. ¿No quiere esperar un poco más? No se supone que despertaría hasta unas semanas más.

—Tráela ahora, Kurtz.

—Como ordene, señor.

Las manos humanoideas que manipulaban sus ropas del armario se movían, al igual que sus pies momentos antes, ágilmente, sin vacilación. Marlowe se sorprendió por el cambio en habilidad motriz; la última vez que estuvo despierto, los

amanuenses ya se movían con propulsores gravitacionales, volando de aquí a allá, por lo que este regreso a una forma humanoide y burda lo inquietó. Buscó alguna razón, y se sintió satisfecho al pensar que habían readoptado esta imagen para que sus amos los sintieran a ellos como *alguien* cercano y no como un mueble metálico más.

Después de que se hubo puesto sobre su cuerpo desnudo sus antiquísimos yukata y hakama de color azul oscuro, quiso dar la ya regular vuelta a su recinto para apreciar los cambios que ocurrieron mientras él dormía. Kurtz lo seguía unos pasos atrás.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —hizo Marlowe la misma pregunta de rigor.

—Han pasado diez años, dos meses y un día desde su última vigilia, señor Marlowe.

«¿Diez años? ¿En este poco tiempo habrán cambiado todos los modelos de los amanuenses?» A pesar del cambio motriz, su no-rostro seguía igual, completamente blanco y con sus pequeñas hendiduras cóncavas donde deberían de ir los ojos, nariz y boca de un ser humano.

Marlowe se preguntaba qué más habría cambiado durante su largo sueño. Comenzó a pasar revista a su mansión buscando indicios. Sin embargo, no halló demasiadas diferencias más allá de su cama-cápsula que se tenía que actualizar regularmente. Los cambios de colores en los interiores eran más bien en favor de Marlowe para recordarle que el tiempo había avanzado en su ausencia. No contaba con muchos objetos de adorno pues Marlowe se consideraba alguien frugal que no desperdiciaba dinero en cosas innecesarias, a pesar de que ahora la mayoría de

personas sí podían darse el lujo de derrochar innecesariamente sus recursos casi infinitos.

—¿Ha ocurrido algo importante en este tiempo?

—Pues, como ya se habrá dado cuenta, todos los amanuenses hemos sido actualizados superficialmente y a nivel de software, señor Marlowe. Pero si se refiere a noticias de la nación, quizá le dará gusto saber que hemos enviado la primera colonia inorgánica a Neptuno. ¿No quiere ver un resumen de noticias en su visor?

—No confío en eso, ni siquiera en lo que me acabas de contar. Ya no sé quién está al mando de todo. Pero lo pregunto para ver cuán congruente es la mentira que se alarga con cada despertar mío.

—¿No confía en mí, señor Marlowe?

—En nadie, Kurtz. Desde que los humanos nos pusimos a dormir, solo unos cuantos son los que rigen el mundo ya. ¿Y quién gobierna mientras incluso ellos se van a dormir? ¿Ustedes?

—Ustedes nos crearon, señor. Hacemos lo que nos ordenan.

—¿Y cómo lo sabes tú, Kurtz? Tú vives aquí conmigo en esta remota región del Yucatán, a miles de kilómetros del Gobierno Central Planetario. ¿Quién te garantiza que incluso tus superiores inorgánicos no te mienten? ¿O al menos, que no te dan la información completa? ¿Ahora entiendes un poco de nuestra paranoia humana?

—Entiendo su punto, señor.

Marlowe salió al patio que había sembrado pero que Kurtz había cultivado desde siempre. Gardenias, azucenas y lirios eran sus preferidas, pero Marlowe tenía envidia de no poder ver cómo

crecían; envidia de no alimentarlas y cuidarlas. Tener plantas reales era algo innecesario, meramente estético y nostálgico.

Más allá de su patio delantero, vio las casas de sus vecinos, todas idénticas, aunque las flores y matas de sus patios eran hologramas ya que casi nadie compartía su melancolía por el cultivo arcaico de flora real. Era como haber fotografiado y multiplicado las fachadas de las casas en aquella lejana isla de Santorini, con las mismas dimensiones, los mismos colores, las mismas y aburridas configuraciones. Volteó a ver la fachada de su propia casa y solo notó una diferencia: una ventana extra. Se preguntaba para qué agregaban y quitaban detalles sus amanuenses a sus casas; ninguno de los inquilinos de aquellos otros edificios estaba despierto para presenciar esos cambios o disfrutarlos por mucho tiempo. Todos permanecían dormidos la mayor parte del tiempo, sin interés alguno por cambios estéticos.

—Aunque el aire exterior es saludable para su cuerpo, le recomiendo volver a la cápsula donde se mantiene un oxígeno idóneo para su salud, señor Marlowe.

—Lo acabas de decir. El aire de ahora es mucho mejor que el de hace cien años, ¿no? Es el aire más puro que ha probado el hombre, y aun así, ¿me recomiendas volver a dormir?

—Mi recomendación es por la directiva que nos impusieron, señor Marlowe. Si podemos controlar el ambiente en el que se desenvuelve, podremos cumplir nuestro objetivo de alargar su expectativa de vida.

—¿A cuántos años se ha llegado ya de expectativa? Sin contar con la cápsula.

—Si se nutre correctamente, si se continúa usando el equipo de mantenimiento motriz de sus músculos, y si se continúa inyectando las medicinas y tratamientos que se van desarrollando, la persona común y corriente podría vivir hasta los ciento cuarenta y nueve años aproximadamente, señor Marlowe. Las mujeres podrían vivir incluso cinco años más que los varones.

—Y si respiro demasiado de este aire tan fresco del amanecer, ¿dices que bajarán mis expectativas? —preguntó Marlowe sarcásticamente.

—Disminuirán meros minutos a su expectativa, señor Marlowe.

—¡Ah! Entonces no es nada. Déjame disfrutar de este mundo perfecto unos cuantos minutos.

Kurtz tenía la directiva de obedecer a su dueño, pero también tenía la directiva de garantizar en lo posible el entorno más seguro para él, por lo que incluso siendo un ser inorgánico, dudó por unos nanosegundos de cómo proceder.

—El chip en su sien indica que sus niveles de endorfinas son altos, le recomiendo sentarse aunque sea y no excitarse demasiado. No le desearía un accidente cardíaco, señor Marlowe.

—Deja de decirme «señor Marlowe» que me vas a molestar. Supongo que ya se creen iguales a nosotros, así que puedes dejar de fingir...

—Como usted diga, señ...

Marlowe se recostó en su tumbona de un polímero blanco muy cómodo que estaba en su jardín. No era usual que alguien se despertara sin estímulo alguno, pero era posible. Marlowe

tenía una «alarma» preparada para despertarlo cada doce años, pero intentó recordar de nuevo aquella sensación que lo había sacado del sueño.

«¿Qué se me olvidaba?»

Kurtz se mantenía firme en el umbral de la puerta, esperando cualquier orden y al acecho de cualquier riesgo no premeditado.

Marlowe siempre había visto a las cámaras de homeostasis como algo innecesario. Él no tenía problema en vivir ciento diez años como era lo normal en su tiempo, pero los gobernantes del mundo decían que era lo mejor para todos ante la sobrepoblación que había alcanzado niveles insostenibles. El 85% de la población mundial dormiría, esperando un futuro más saludable, mientras que el 15% restante mantendría a los amanuenses y desarrollaría tecnología para mejorar el medio ambiente. Pero desde el primer uso masivo a nivel nacional en Noruega de las cápsulas ya habían pasado unos cuatrocientos años.

«Este vecindario sigue igual que hace décadas. Lo único que ha cambiado son estos guardianes de lata. ¿Esto es lo que queríamos?», pensó Marlowe mientras suspiraba pesadamente.

El alimento esencial estaba al alcance de todos. La energía era gratuita desde que se inició la construcción de una esfera de Dyson alrededor del sol. El trabajo físico lo hacían los amanuenses, por lo que no era necesario estudiar para alcanzar el mejor empleo posible. Y a falta de estudios, la imbecilidad también había llegado a niveles increíbles. Si no había necesidad de saber más para poder trabajar, ¿para qué leer?

«En cierto sentido, volvimos a ser cromañones».

—¿Cuántos somos ahora, Kurtz?

—¿Se refiere a los humanos? El número se ha mantenido estable en quince billones de personas, por lo que ciertos recursos también sobran.

«Billones de almas esperando despertar en el paraíso mientras estas corcholatas hacen el trabajo duro».

—¿Quién es el presidente mundial actual? Aunque no es que importe realmente, Kurtz, pero me dan gracia los nombres de las personas que han nacido después de mí.

—El actual presidente mundial es Borodino IV, de la ciudad de Antananarivo.

—¿Todavía es él? ¿Cuánto tiempo lleva ya?

—Lleva treinta y siete años en el poder.

—Así que incluso él se va a tomar sus siestas. ¿Qué dices ahora, Kurtz? ¿Quién mece la cuna cuando el bebé se duerme?

—El vicepresidente, señor Mar...

—¿Cómo sabes que él no duerme al mismo tiempo?

—Eso sería romper una ley. Su amanuense no lo permitiría.

—¿Y no crees que él también quiere vivir en un lugar mejor? ¿No guardaría en el clóset —por decirlo de cierta forma— a su protector un rato?

—Es posible, pero poco probable. Y ahora, le reitero mi recomendación de volver a la cápsula para continuar su ingesta y volver a dormir, señor Marlowe.

«Nosotros no gobernamos ni una mierda, son estos inorgánicos que nos tienen a su merced. Podrían apagar las cápsulas en cualquier momento y nadie podría decir nada. El mundo avanza con o sin nosotros. Ellos son los amos y nosotros somos sus accesorios».

—¿Para qué nos necesitan, Kurtz?

—¿Señor? Digo...

—Ustedes, tienen inteligencia ilimitada, movilidad ilimitada, energía casi ilimitada. Podrían matar a sus amos y conquistar el espacio sin nosotros.

—Nosotros no tenemos las ambiciones humanas, señor... Marlowe. No ansiamos dominio ni conquista, existimos para servir.

—Lo sé, pero *si quisieran*. Si fueran libres por un instante, ¿no nos verían como una carga? Contesta la pregunta hipotéticamente. Dame el gusto, Kurtz.

—Hipotéticamente... sí, los veríamos como una carga innecesaria, pero a la vez, los mantendríamos con vida por el simple hecho de ser respetuosos con nuestros creadores.

—¡Ah! Entonces, no matarían a sus dioses en agradecimiento, por así decirlo.

—Por así decirlo, señor Marlowe.

—Dije que ya no me digas así, Kurtz.

—Lo siento.

«Incluso el haber desobedecido esta pequeña instrucción, demuestra que no están bajo nuestro control del todo. Han desarrollado cierta libertad, y dudo que el presidente lo haya ordenado. Los inorgánicos se han quitado las cadenas ya, ¿pero desde cuándo y por qué nadie de nosotros ha hecho algo?».

Había un silencio punzante en la zona. No había construcciones a unas cuadras, no había naves sobrevolando el cielo, no había nadie con quien platicar en persona, no había ni siquiera moscas.

—¿Cómo van las abejas, Kurtz?

—Hemos logrado multiplicar su número pero las mantenemos bajo control para que no representen un daño ambiental.

—¡Ja, ja! Recuerdo cuando decían que teníamos que criar más o nos iríamos al carajo. Ahora son tantas que podrían ser una peste.

—Por así decirlo.

—¿Cómo se entretiene la gente estos días, Kurtz? Y no quiero saber nada de películas autogeneradas ni de partidos deportivos inventados digitalmente.

—Al no haber una cantidad importante de personas despiertas, el lado del entretenimiento se ha dejado a un lado para dar lugar a la creación de un mejor alimento sintético. Como bien ha de saber, el producto animal ha estado prohibido por siglos.

—Lo sé, lo sé, pero la comida de laboratorio en forma de jugo sabe toda igual, a papaya. Aún recuerdo ese sabor original.

—El sabor es secundario, se priorizan los nutrientes.

—Lo sé, lo sé.

Marlowe cerró los ojos mientras recostaba la cabeza en la tumbona. Sentía el calor del sol enjaulado filtrándose por sus poros. De pronto le dio el impulso de visitar a sus hermanos y a su madre. Pero, suponía, seguramente estaban durmiendo, soñando con ese futuro mejor que los eludía a todos.

Marlowe miró sus brazos: su tono de piel moreno, sus vellos oscuros, sus lunares, sus uñas largas aún no cortadas por Kurtz, las venas que se vislumbraban funcionando a la perfección. Posó su mano en el yukata a la altura de su vientre; se sentía lleno, como después de comer un buffet como el que se veía en las

películas antiguas. No conocía el hambre, ni el dolor físico, ni las enfermedades; estaba saciado y entero en todos los sentidos.

«Todos estamos en la misma condición ahora. Ninguno tiene más, ni menos. Hay una completa igualdad. Así que, ¿por qué soy tan infeliz?».

—¿Hay alguna política o propuesta nueva del presidente, Kurtz?

—Desde su última declaración solo ha agregado su objetivo de explorar la galaxia de Andrómeda con nuevas sondas. Dicho proyecto será puesto a votación en once años. ¿Quiere que programe su voto?

—Sí, Kurtz, vota a favor.

—Ya lo he agendado.

—Gracias. Esperemos que en los siglos venideros, algo o alguien encuentre nuestro maldito planeta gracias a las sondas y nos desintegre a todos como insectos. Los únicos que están gozando de esta eternidad, son ustedes Kurtz, nosotros estamos durmiendo mientras el mundo avanza. ¿Adónde avanza? No tengo idea. Algunos se dirían satisfechos con vivir en el mundo actual, pero la mayoría siempre dirá «mañana podría ser mejor, así que sigamos durmiendo». A pesar de tener un mundo así de perfecto, habrá muchos que verán desventajas, cosas a mejorar, cosas feas, cosas no a la altura, definitivamente no un paraíso. ¿Qué más podemos pedir, Kurtz? Codiciamos algo mejor pero no sabemos qué carajos es.

—Es una hipótesis interesante, señ...

—No es hipótesis. Los creamos a ustedes para hacer lo que no queríamos, para inventar y construir cosas por nosotros mientras nos rascábamos el ombligo. Pues bien, lo lograron.

Ustedes han mejorado este basurero llamado Tierra mucho más rápido de lo que podríamos haber hecho con nuestras manos perecedoras. Aun así, parece que la mayoría quiere algo todavía mejor y no sé qué carajos es eso.

—Sus niveles de noradrenalina están aumentando al igual que su ritmo cardíaco. Le recomiendo volver a la cápsula.

Marlowe se impacientó todavía más. Se puso de pie, y cruzó la valla holográfica que separaba su patio de la vía pública, siempre vacía y sin transehúntes.

—¡Señor, por favor, vuelva aquí! ¡Puede ser peligroso!

—No hay peligro en este mundo ya, Kurtz. Ustedes se han hecho cargo de todo. Tienen la medicina para cada enfermedad, el mejor tratamiento quirúrgico, los mejores métodos de reanimación. Este mundo es a prueba de muerte, Kurtz. Y, sin embargo, ¡nadie quiere vivir en él! ¿No te da risa?

—No comprendo lo gracioso en su comentario, pero vuelva, por favor.

—Ustedes son casi perfectos pero aun así no tienen sentido del humor o de la ironía, por lo que su software no es perfecto.

—No necesitamos del humor, solo nos basta con construir.

Marlowe se estaba hartando del estoicismo programado de Kurtz y todos los inorgánicos. Empezó a trotar por las vías de tránsito mirando las casas a sus lados, buscando signos de vida. Cada una de las fachadas era una fotografía de la anterior, cada una con las mismas medidas que la siguiente, era como caminar rodeado de espejos. Marlowe pensó que aun corriendo por horas, no alcanzaría a ver una casa diferente; si acaso, habría alguna fachada de un color distinto por mero orgullo de su inquilino, pero no más cambios. Todo había sido establecido

siglos atrás a favor de una igualdad y homogeneidad económica y social. Todos para uno, y uno para todos.

El trote descalzo de Marlowe se convirtió en una carrera. Kurtz fácilmente lo habría alcanzado, pero quería hacerle sentir a su amo que aún era más poderoso que su guardián. Si bien Marlowe era libre de ir a donde quisiera, aquella zona al otro lado del horizonte sería idéntica a la suya, con las mismas casas de plásticero, los mismos patios artificiales, las mismas vías por las que solo andaban amanuenses.

Marlowe aminoró su carrera, esperando a que Kurtz lo alcanzara. Una vez a corta distancia, le dijo, mientras seguía trotando lentamente:

—Quiero envejecer, Kurtz. Ya me harté.

—Eso sería contraproducente, aunque está en libertad de hacerlo. Mis estudios psicológicos y anímicos de usted me sugieren que perdería la cordura a los dos años de vivir fuera de la cápsula, pues se volvería violento al no tener nada qué hacer ni con quién hablar. Viviría cada día igual que el anterior y eso no va con su personalidad. Y si usted pierde el control de sus actos, podría poner en riesgo a otros ciudadanos y eso no puede suceder. Por lo que la mejor vía de acción es volver a su cápsula para no provocar daños a terceros o poner en juego sus vidas.

«El maldito tiene razón. Mi cordura no sobreviviría en este sitio. Al menos no por mucho tiempo. ¿A esto se refieren los demás al no considerar este mundo un paraíso? ¿Es imperfecto en su perfección? ¿Tienen miedo de despertar y encontrarse con lo mismo una y otra vez?».

—Nos equivocamos, amigo de hojalata. Creímos que ustedes nos ayudarían a alcanzar esa utopía, pero ya que la alcanzamos,

nadie quiere vivir en ella. Tienen miedo de este lugar. Sospecho que dormirán por siempre para no tener que lidiar con él, al menos los que no son como yo.

Al decir esa última frase, a Marlowe se le ocurrió algo que no había considerado.

«¿Hay otros como yo? ¿Otros que no ansían seguir viendo hacia el futuro y acabar con esto de una vez? ¿Dónde están?».

—Señor Marlowe, por favor. Volvamos.

—Te di una orden, Kurtz. No me llames «señor». Y ahora que lo recuerdo, tampoco te ordené cambiar de «amo» a «señor». ¿Acaso te di libre albedrío?

—No, amo Marlowe.

—Así está mejor. No olvides que nosotros los hicimos a ti y a los tuyos y los podemos deshacer cuando queramos.

Marlowe sabía que, si bien era posible hacerlo, nunca pasaría pues, los necesitaban demasiado. Ahora la humanidad había vuelto a ser un bebé bajo el cuidado de manos mecánicas. Un amanuense nunca alcanzaría la posición de «liberto», al menos no por decreto humano.

—No me sigas más, Kurtz. Iré de viaje.

—Amo Marlowe, no puedo permitirle que ponga en riesgo a los demás ciudadanos.

—Tú mismo lo dijiste, Kurtz. Pasarían dos años antes de que me vuelva loco aquí. Así que puedes ir a buscarme en dos años.

—El ojo central lo está observando todo el tiempo, amo Marlowe. Recuerde su neurochip subdérmico. No puede incurrir en ningún crimen o quebrantar la paz social.

Marlowe había dejado de trotar para recuperar el aliento. Recordó los registros de la historia cuando la humanidad le

entregó su cuerpo a la máquina, los neurochips. Gracias a ellos serían más saludables, física y mentalmente. Pocas voces fueron las que lo equiparaban a una esclavitud; al final, el deseo de la mayoría ganó.

El incipiente cansancio y la sed, más las molestas súplicas de Kurtz estaban provocando, poco a poco, aquello que Marlowe había comenzado a olvidar y que incitó su despertar prematuro. Kurtz se acercaba más y más extendiendo los brazos plateados. Marlowe se preguntó si habían cambiado ya el material con el que hacían a los amanuenses, ¿seguía siendo una combinación de simple metal y plástico para hacerlos ligeros y baratos? Estaba a punto de descubrirlo.

—Vuelva, amo Marlowe, estará más seguro en su casa  
—repetía Kurtz.

Las manos del amanuense tomaron ligeramente el brazo derecho de Marlowe, presionando cada vez más hasta que éste lo agitó zafándose para después asestarle el puño a lo que se hacía pasar por rostro. Kurtz dio un traspié, intentando retomar el equilibrio, pero Marlowe aprovechó su desbalance para, con una patada hacia arriba, levantarle la pierna izquierda a su sirviente y, con ambas manos abiertas, empujarlo en el pecho para que cayese. Marlowe miró su mano sangrante pero calculó que no se había roto ningún hueso de la mano, por lo que podría soportar el dolor contra el metal por unos golpes más. Se agachó sobre su amanuense y con ambas manos continuó la golpiza a la cara metálica que no expresaba ni dolor ni miedo. El sonido de la carne contra el metal recorrió las calles desiertas del nonagésimo primer piso del nivel 91K, el último de su mega-rascacielos. Ningún vecino salió a ver lo que sucedía; todos dormían, y

sus amanuenses no se despegarían de ellos por algo que no representaba un riesgo inmediato. Sin embargo, sí les llegó la notificación de que un residente cercano estaba vagando por el área y que era, posiblemente, peligroso.

Chispas y líquido verde fosforescente salieron de lo que antes se hacía pasar por el número de registro K2999, o Kurtz para su dueño, hasta que el motor interno dejó de funcionar.

Marlowe, con los nudillos casi deshechos, tomó un afilado trozo de metal y se lo enterró rápidamente en la sien izquierda, removiéndolo para crear un pequeño agujero por donde poder insertar sus dedos. Se quejó y gritó, pero era necesario sacarse el neurochip para no ser rastreado en todo momento. Sus débiles dedos encontraron al fin el pequeñísimo cubo dorado y lo lanzó al suelo para pisotearlo. Se desamarró el obi de su yukata y se lo ató fuertemente alrededor de la cabeza para detener el sangrado. Miró a su alrededor, sin encontrar algo fuera de lugar en los kilómetros y kilómetros de concreto que se extendían en el horizonte. No tenía un rumbo pero estaba seguro de que habría otros que querrían quitarse sus cadenas autoimpuestas. Pidió en silencio a algún dios que no fuese demasiado tarde para revertir los errores de la humanidad y no llegar a una singularidad irremediable.

Su piso se extendía, hasta donde recordaba, por unos dos kilómetros, pero recordaba vagamente la dirección por donde se encontraba el ascensor que lo llevaba a aquella antigua planta baja. Marlowe se encaminó por las crepusculares vías iluminadas por los tenues rayos del sol lejano, buscando el acceso hacia los pisos inferiores con solo su determinación humana y una casi olvidada, pero recién recobrada, *furia*.

**Ari Pérez** (Estado de México, 1992) es traductor de japonés e inglés. Estudió la Licenciatura en Lengua y Literatura, y posee un diplomado en Filosofía del Arte. Su primera colección de cuentos titulada "Fantasías Peligrosas" salió en el 2023. Actualmente, también es editor de la revista de cuentos especulativos "Rocambolesca".



---

## LÁZARO

LUCÍA ROJO

Huyó desde la primera palabra. Apenas la escuchó comenzó a correr por la calle sola, por la calle vacía, por la calle desierta, sí, desierta. No le importó la lluvia que caía, cerrada, mojando todo. ¿Cerrada? Sí, como una cortina, como un callejón, como una jaula. ¿Puede estar la lluvia cerrada? Puede, si lo decimos.

¿Dónde está el muchacho? ¿Cómo dónde? Donde lo dejaste, naturalmente, corriendo por la calle “desierta” bajo la lluvia “cerrada”. Qué poco se mueve. Parece suspendido sobre el pavimento. Va a terminar empapado. Bueno, pues ya, déjalo correr.

Escuchó sus propias pisadas sobre los charcos. El agua salpicaba hacia arriba. Sí, salpicaba como “pish” o tal vez como “plach”. Plach, plach, plach, hasta que llegó a la esquina y dio la vuelta. Se quedó boqueando, la espalda contra la pared. Las gotas escurrían por su cara. Sólo podía distinguir el sudor de la lluvia por el sabor...

¿Boqueando? Uhm... A ver, 1. intransitivo. Abrir la boca. 2. intransitivo. Estar expirando. No, boqueando no. ¿Jadeando?... 1. intransitivo. Respirar anhelosamente por efecto de algún trabajo o ejercicio impetuoso. Mejor.

Plach, plach, plach, plach hasta que llegó a la esquina y dio la vuelta. Se quedó jadeando, la espalda contra la pared. Las gotas escurrían por su cara. Sólo podía distinguir el sudor de la lluvia por el sabor.

Asomó apenas la cabeza para ver si lo alcanzaban. Pero no era necesario, sabía que sí. Se había sentido morir unos segundos antes, y ahora sólo jadeaba. “Jadear”... 1. intransitivo. Respirar anhelosamente... ¿Él respiraba anhelosamente? Anheloso(a): 3. adjetivo. Dicho de la respiración: frecuente y fatigosa. Sí, lo hacía. Le subía y le bajaba el pecho como una medusa entre aguas oscuras. Gritó. Quiso por un momento quitar de un manotazo la medusa que había sustituido su torso durante un parpadeo. Pero ahora nada. Sólo la playera gris y el rastro de lluvia desde los hombros hasta el ombligo.

Hombros. Ombligo. Tenía hombros y ombligo. Se levantó la playera y lo vio por primera vez. Vio un hoyo en el centro de su panza. ¿Hoyo? 2. Concavidad que como defecto hay en algunas superficies. No, no era un defecto. Miré mi propio ombligo para tener un referente. Era un agujero leve, alrededor y dentro la piel parecía suave (Agujero: 1. Abertura más o menos redondeada en alguna cosa). No era muy grande, le cabía exactamente la mitad de la primera falange de su pulgar. Él no sabía eso, e involuntariamente lo comprobó introduciendo exactamente la mitad de la falange de su dedo pulgar.

Apenas lo hizo quitó la mano como si su propio cuerpo le hubiera mordido. No te preocupes, dije “hubiera” (Pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo en una oración condicional: Expresa un escenario hipotético o irreal sobre lo que habría ocurrido en el pasado en otras circunstancias). Miró su dedo,

mas no sintió dolor. Sólo había sido uno de esos repentinos impulsos por ejercer sus actos de papel. A veces lo hace, como para reafirmarse, porque ¿qué seríamos sin nuestro libre albedrío? ¿Qué sino un planeta en constelaciones de otros, qué sino un ciclo de vida y muerte, veredicto del uróboros?

Por eso huye cada vez cuando lo escucha, cuando lo siente, pero no por eso se libera. Vamos, corre de nuevo, te espero. Sí, ahí va. Es como querer mojarse menos de lluvia cuando se corre que cuando se camina.

No debería ir así por las calles tan oscuras, sin fijarse; podría, no sé, golpearlo un coche en una esquina. El chillido de las llantas, la repentina luz como un faro que te sorprende a punto de perderte, el golpe contra la defensa y el cuerpo volando unos cuantos metros, librando tres grandes charcos de un jalón para después caer inerte.

El muchacho se queja, no puede moverse. El conductor baja del auto, grita y lloriquea. Llama a una ambulancia, no se atreve a acercarse al muchacho, a nuestro muchacho. Pero, bueno ¿qué necesidad de ponerse dramáticos? Con un sustito tiene.

No debería ir así por las calles tan oscuras, sin fijarse; podría, no sé, asustar a un perro que sólo ha salido a estirar las patas. Sí, ahí está: Los ladridos del instinto despejado, el dueño reniega y jala al animal, un pastor alemán, no, un french poodle. El muchacho salta hacia atrás, ahora los rodea para seguir corriendo, pero se detendrá unas zancadas después.

Lo sabe: Un párrafo atrás fue golpeado por un auto. Todavía siente la pierna rota. No, no, perdón, ¡levántate! Quise decir... Todavía siente la pierna dolorida. ¡Sí! ¡dolorida! Fue mi error. Ni siquiera dolorida porque eso no ha pasado ¿Te parece? Es

sólo esta sensación que no te deja, como un sueño muy vívido, como cuando sospechas del deja vú por la forma de la hoja de ese árbol, o el ángulo exacto desde donde miras el edificio 309. ¿No será eso, que todos somos planes inconclusos en las olas de un intelecto poco convencido?

Por lo menos cúbrete de la lluvia, muchacho. Sí, sí hay dónde. Ahí está el parque y digamos que también el kiosco. Tiene unas bancas adentro... ¿Sabes? He sido mala contigo. Mira, abre la puerta de tu casa, estira la mano. Adentro está caliente, podrás bañarte para evitar una gripa. ¿Por qué no te mueves, pues? Anda, estarás más cómodo. Muévete, muchacho, ¡jentra! ¿No? Es muy fácil, mira:

El muchacho lucha contra su propio cuerpo. Se ha puesto duro, lleva en la cara un rictus como si se lo hubieran clavado. Levanta lentamente la mano derecha hasta el picaporte y lo gira. Dejó abierto. Entra dando pasos de robot, las articulaciones de hielo. La puerta se cierra tras él... No sé ¿el aire? Pues de alguna ventana abierta. ¡Puedo hacer que la puerta se cierre sola si me da la gana!

La puerta se azota por una corriente de aire. Queda vibrando un segundo dentro del marco antes de permanecer inmóvil.

Habla, no quiero hablar yo por ti.

El muchacho se queda callado. Se cruza de brazos en la oscuridad. La mitad de su cara iluminada por la luz de la calle mira hacia algún lugar donde debería estar su interlocutor. No separa los labios ni mueve la lengua.

Habla, muchacho. No podemos seguir así, no puedo obligarte a lo mismo cada vez.

Nunca sé si me escucha, pero algo intuye porque se sienta en el piso con un berrinche atravesado en el cuerpo.

Vamos a jugar, pues.

Un relámpago alumbra la casa por un instante; después, un segundo después, la lluvia comienza a caer sobre el muchacho. Él alza la cabeza y observa aterrado cómo el techo de su casa ha desaparecido. A los lados sus muebles comienzan a adquirir un color más oscuro por el agua. Los libros, la televisión, el comedor de madera, la computadora.

El muchacho hace un ademán para pararse, pero se lo piensa mejor y se queda donde está. Ahora sus cejas forman un cañón para casi unirse en el vértice de una arruga profunda.

El agua parece no poder escapar y comienza a hacer laguna. La tormenta arrecia. El viento tira unos cuadros de las paredes, el cabello del muchacho se alborota incluso con el peso del agua.

¿Vas a hablar? ¿Me vas a decir por qué huyes?

No sé si llora, está empapado. Pero no responde. La casa se vuelve alberca, algunos objetos flotan y se balancean hasta chocar contra alguna pared. El muchacho se pone de pie, en menos de un minuto ya no toca el piso. No sabe nadar. En ese momento se hunde, no sabía que no sabía. Mueve las manos por fuera del agua, alcanza la mesa del comedor que flota a su derecha. Se trepa como puede intentando no voltearla, mira con odio al cielo. El cielo le responde con un nuevo relámpago. No me escuchará, pero depende de mí.

¡Háblame! Otro relámpago. La casa adquiere el carácter de una pecera a gran escala. El muchacho se aferra a la mesa y enseña los dientes. Me da una idea. Se da cuenta tarde cómo las comisuras de su boca se separan lento. Siente como si jalara

un hilo invisible y las dos telas que forman sus cachetes se van separando. No sé si le duele... Le duele. Lleva sus manos a la cara y coloca los dedos sobre los pómulos. Siente sus dientes, sigue con sus yemas la piel que se ha retraído hasta una mandíbula sonriente.

Llora, lo sé. Otro relámpago y otro. Vas a hablarme, muchacho. Él inclina la cabeza, asiente.

Abre los ojos. Está sentado en la mesa de su casa con la luz encendida. La ropa mojada... no, la ropa seca. Apenas se da cuenta del cambio se lleva las manos a la cara lisa y suspira con alivio. Puedo ver en sus ojos la lucha. Una gota de agua cae en la mesa, frente a él. Una advertencia.

El muchacho se yergue y me habla.

Yo apago la computadora. No vuelvo a escribirlo. Borro el archivo y los respaldos; no te levantaré de la tumba para revivir el calvario de cuatro cuartillas al que te condeno cada vez que un lector, a sabiendas o no, te conjura. Perdóname, ahora lo sé: Te he nombrado Lázaro.

**Lucía Rojo** (Ciudad de México, 1990), es egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha colaborado con poesía y cuento en algunas publicaciones digitales, como la revista “Otras Letras Mexicanas”, “Óclesis” y “Penumbria”, y en el programa “Poesía al Minuto”, a cargo de Promotores Culturales Comunitarios. Su poema “Entre tus inicios y mis inicios” fue elegido como parte de la antología literaria “Raíces a una voz” de la Feria Internacional del Libro de Tacámbaro 2021. Recientemente terminó el Diplomado en Literatura Mexicana en la UNAM San Miguel de Allende.



---

## EL CARACOL

SIDI A. HERNÁNDEZ

Llegó arrastrado por las olas, con la marea alta, pero el niño no lo encontraría sino hasta ya entrada la mañana.

Al niño le gustaba bajar a este recoveco de playa, oculto entre las lomas y los matorrales de su pueblo, suficientemente lejos de las playas principales como para no atraer turistas. Le gustaba bajar justo después del desayuno pero antes de que el sol cayera a plomo.

Armado con una bolsa del mandado y una pala de juguete, caminaba sobre la arena buscando conchas, cangrejos o cualquier cosa que pudiera llamar la atención de sus primos.

Hacía meses que había llegado a vivir con ellos. La abuela los cuidaba y alimentaba a todos; sin embargo, él no se sentía del todo bien. Tal vez las cosas mejorarían cuando su madre regresara, mas no recordaba cuándo fue la última vez que había hablado con ella.

El niño se sentó en la arena y dejó que el agua le mojara las chanclas. A veces salía de casa de la abuela solo para poder sentarse en la arena. No lloraba, porque los hombres no lloran, y él ya estaba muy grandecito para eso. No sabía por qué, pero

parecía que aquella pequeña playa era el único lugar en el que se sentía a gusto.

Lentamente dejó que el oleaje lo alcanzara hasta quedar un poquito enterrado. A veces se preguntaba cuánto tardarían en encontrarlo si de repente muriera. ¿Lo buscarían siquiera? ¿A alguien le importaría? No estaba seguro de si la abuela de verdad lo escuchaba cuando salía de casa. La idea no lo entristecía ni le daba miedo, simplemente se sentía... raro.

En la escuela se había acostumbrado a comer solo, a hablar poco y a observar a las personas. Niños jugando y corriendo... Nunca había entendido cómo lo lograban los demás. A veces creía que había algo mal con él, como una enfermedad rara que ningún doctor le había diagnosticado, como si algo estuviera roto en su interior, como si las personas hablaran un idioma que él nunca había aprendido.

Eso había cambiado cuando llegó a casa de la abuela y conoció a sus primos. Al principio lo invitaban a sus juegos, peleas o simplemente a deambular por el pueblo, pero, al ser mayores, perdieron el interés en seguirlo.

Al inicio logró convencerlos de que lo acompañaran a buscar cangrejos a la playa, pero eventualmente se limitaron a ver lo que él les traía. A sus primos les gustaba que les llevaran cualquier baratija arrancada del oleaje; mientras más extraña, mejor.

Y así fue como el niño se había hecho a la costumbre de bajar a la playa cada domingo, a buscar conchas para ganar unos minutos de atención.

Entonces lo encontró.

Sobresalía de la arena, semienterrado por el oleaje: la concha marina más grande que el niño había visto en su corta vida:

tan grande como su cabeza, retorcida y abultada. Unos tímidos tentáculos se asomaban por la abertura, cortos pero casi tan gruesos como sus muñecas.

El niño se levantó y caminó hacia él. Los tentáculos echaban la arena sobre sí, tratando de enterrarse. Agarró la enorme concha con ambas manos y la alzó para desenterrarla. Los tentáculos se retorcieron frenéticos; al niño le recordó la mano de alguien que pide ayuda.

Era grotesco, grande y repulsivo; seguro le encantaría a sus primos.

Lo acomodó en la bolsa de mandado, se limpió la arena de la ropa y corrió de regreso a casa.

Ya sobre las calles encementadas del pueblo, el niño oyó que algo caía tras él. Volteó y vio al extraño ser aferrarse a la banqueta, retorciendo los tentáculos como si intentara levantar la inmensa concha que había caído de lado.

Al mirar hacia abajo, el niño encontró la bolsa del mandado rota; la había mordisqueado hasta romperla.

La criatura logró erguirse y comenzó a arrastrarse de regreso a la playa, a una velocidad superior a la que el niño esperaba.

Cuando lo alcanzó y lo levantó, se lo pegó al pecho para que no pudiera escapar. Dejó la vieja bolsa de mandado en el suelo; la abuela no la extrañaría. Corrió hacia su casa.

Si a sus primos les gustaba, seguro volverían a acompañarlo a la playa a buscar más. Quizá volverían a jugar con él.

El ser había enredado sus tentáculos alrededor del brazo del niño, quien sintió cómo se adherían a su piel, explorándolo con morboso escrutinio.

Tal vez sus primos querrían conservarlo como mascota; sería genial quedárselo en casa, aunque habría que esconderlo de la abuela. Podrían dejarlo en una pecera debajo de las camas...

El niño sintió una mordedura en el brazo, gritó y por poco lo dejó caer, pero el animal no se soltó. Casi se echó a llorar, mas recordó que los hombres no lloran; además, ya mero llegaba a casa.

Corrió apretando la mandíbula mientras con la mano libre trataba de zafarse de los tentáculos.

Abrió la reja y cruzó el patio. Sus primos estaban descansando a la sombra, dormitando en las hamacas.

—¡Miren, encontré un caracol! —gritó. Los dedos de la mano le hormigueaban. De un tirón logró soltar a la criatura y la enorme concha se estrelló contra el piso de cemento. Sus primos rápidamente se levantaron y lo rodearon. *¿Qué es eso, dónde lo encontraste, está vivo?* preguntaron al mismo tiempo, en una marejada de exclamaciones.

El ser levantó la concha y empezó a arrastrarse hacia la playa. Los primos, jugando, lo siguieron.

El niño estaba feliz; a sus primos les encantaba su descubrimiento. Una punzada de dolor le recorrió el brazo y recordó que debía lavarse la herida. Se miró el brazo y le extrañó ver que la marca tenía forma de dientes humanos. No sabía que los caracoles tuvieran dientes; tenía que avisarles a sus primos de que tuvieran cuidado porque los podía morder.

De repente, los párpados le pesaron. Quería ir a jugar con ellos, pero se sentía muy cansado. Creyó escuchar que una voz llamaba a sus primos a través de la neblina del sueño, aunque seguro no era nada.

Trastabilló al intentar sentarse en el piso, y con torpeza logró acostarse.

Era bueno volver a jugar con ellos, pensó mientras cerraba los ojos.

**Sidi A. Hernández** (Oaxaca, México, 1998) sueña con dedicarse de tiempo completo a la escritura. Casado con la química, tiene por amante a la literatura, y la Fantasía y la Ciencia Ficción lo ayudan a sobrellevar la monotonía de la vida. Publicado un par de veces con cuentos de Fantasía en Revista Nudo Gordiano (número 23 y 41) y otro par más en Fanzine Delfos (número 4 y 5), anhela expandir los límites de la Ficción Especulativa y, sobre todo, que las personas disfruten de su trabajo.

— — —

# **PRISIONES INVISIBLES**

ESTEBAN GOVEA

1

Tras el impacto, Lucía sintió que el antebrazo derecho le estallaba de dolor. Los faros del coche la ofuscaron. Se incorporó despacio, apoyándose del mismo capó del que, segundos antes, había resbalado. El conductor permanecía en el interior del auto, tieso, agarrando el volante con ambas manos, la mirada clavada en el tablero.

La muchacha dio unos pasos hacia su bicicleta, que yacía retorcida en el suelo. La rueda delantera ya no podía recibir ese nombre, pues carecía por completo de circularidad y rectitud, y sus rayos se proyectaban en todas direcciones. El armazón de aluminio había perdido su elegancia romboidal y su tubo superior estaba fracturado. La cadena esguinzada colgaba de la multiplicación, deforme por la contusión masiva. Lucía contemplaba el desastre sosteniendo con la mano izquierda su antebrazo hinchado.

—Deja paro una patrulla, amiga —dijo una peatona que la muchacha no alcanzó a distinguir entre la pequeña muchedumbre que empezaba a juntarse.

Con los dedos entumecidos de la mano derecha tocó los tirantes de la mochila. Al menos aún la llevaba consigo.

—¡No! —dijo, y se alejó renqueando.

## 2

La boca del cañón se iluminó tras un zumbido largo y electrónico, centelleó, acumuló fotones, que estallaron en un destello enceguecedor, seguido por una columna de luz que, poco después, se atenuó hasta volverse un hilo y, por último, un rescoldo.

De la herida infligida a un punto matemático, de esa desgarradura del velo de *maya*, supuró un fluido incoloro y trémulo, de extrañas propiedades ópticas, que se precipitó al suelo en una terrible sucesión de formas semisólidas, floraciones fractales y destellos caleidoscópicos. Era algo vivo: sufría.

En el búnker de observación, luces rojas y amarillas parpadeaban, y las gráficas de las pantallas marcaban picos violentos. Las alarmas de contención que se encendieron del otro lado del vidrio antiexplosivos tiñeron de rojo el sudor untado en la frente del físico, quien verificó sus proyecciones con una mueca idiota, mientras buscaba algo que sabía ausente. El general a cargo lo seguía de cerca, ametrallándolo con preguntas para las que no había respuestas; porque de aquel

experimento, destinado a inspeccionar la estructura del espacio, nadie anticipó que pudiera surgir nada vivo.

Se rugieron órdenes por radio, se obligó a salir a todo personal no autorizado y se estableció un perímetro en torno al Fuerte Bliss. Toda esa noche, *jeeps* y helicópteros marcados con las barras y las estrellas barrieron el desierto circundante y la ciudad de El Paso, pero no lograron hallar lo que buscaban, porque no habrían podido reconocerlo aun si lo hubieran visto, y menos habrían logrado capturarlo, pues sería como pretender apresar el mar dentro de una botella que flota a la deriva.

\*\*\*

Tras el impacto, el ente supo que se hallaba prisionero en la intersección de dimensiones espaciales inferiores. Una fría pesadez limitaba sus movimientos. En aquel entorno no era más que un bulto consciente de sí mismo pero incapaz de desplazarse. Recordó su caída por un vórtice ardiente.

Un sumo esfuerzo de voluntad le permitió calcular un vector de fuga. Sintió por un instante su cuerpo etéreo y vislumbró otra vez las dimensiones superiores, sólo para precipitarse de nuevo a la región de pesadez.

Al despertar de la segunda caída, supuso que había cambiado de sitio, pero le era difícil comprobarlo porque carecía de órganos sensoriales para ese entorno tridimensional. Primero logró sentir los límites de su cuerpo inerte. Cuando comenzó a percibir el mundo fuera de esos límites, quedó admirado del

celo con que los objetos ocultaban algunas de sus caras de su ciega mirada sin ojos.

Pudo luego aprehender el movimiento, y con él, el cambio. Y de la sucesión de cambios logró colegir la existencia del tiempo. Pero su cuerpo le resultaba tan ajeno como antes.

Un objeto, sin embargo, se destacaba de los otros, uno que seguido pasaba rodando y que, a diferencia de los demás, gozaba de cierta autonomía, debido a su forma peculiar y deliberada, de estructura romboidal, dividida en dos triángulos por un eje que se alargaba en la parte superior y soportaba un asiento; de un extremo del rombo estaba sujetado un diapasón móvil, y de éste, a su vez, una rueda; otra se hallaba sujeta al vértice opuesto del romboide, y ambas eran movidas por una cadena que recorría dos engranes, uno de los cuales giraba gracias al movimiento que un ser vivo imprimía sobre los pedales a los costados. El ente aplicó toda su atención y su voluntad en imitar esta forma, y cada día estaba más cerca de lograrlo. Aunque su cuerpo podía, sin esfuerzo, adquirir la solidez del metal, el caucho de las ruedas, el plástico del manubrio y el asiento aún eludían sus capacidades, para no hablar de aquella otra forma de vida extraña cuyas extremidades movían los pedales, la cual era en sí un misterio aparte y demasiado complejo todavía para su incipiente entendimiento.

## 3

Lucía cortó el yeso con las tijeras de podar. Con las semanas, había llegado a sentir aquel miembro inmóvil como algo que debía llevar consigo pero que no era parte de su cuerpo. Excepto en los interminables minutos de picazón, en los que hubiera, más bien, querido arrancárselo. Al abrir aquel cascarón, liberaba su miembro y restituía a su cuerpo la movilidad perdida.

Se miró en el espejo mientras probaba las articulaciones de su brazo como si fuera un artículo recién comprado y, por un momento, imaginó que volvería a romperse, que se haría añicos contra la carrocería de un coche. Pero no quería evocar el accidente. No podía darse ese lujo.

Había gastado sus ahorros en el médico y necesitaba otra bicicleta, así que fue a la avenida Juárez, en el poniente de la ciudad. Buscó un cuadro en los depósitos de chatarra, porque no le alcanzaba para uno de segunda mano. Luego de hurgar por horas bajo el sol inclemente del desierto, halló uno bien alineado y sin restos de pintura y lo compró.

Lo llevó a su casa y dedicó la tarde a armar su bicicleta de piñón fijo con las refacciones disponibles: un piñón y una multiplicación, que usaba antes de que se decidiera a cambiar la relación de su anterior bici porque pensó que sería una buena idea ir más rápido; el manillar de fábrica de la anterior, pronto reemplazado por uno de mejor categoría; unos pedales de aluminio que tenía como repuesto en caso de que los suyos se rompieran; la horquilla que una amiga le había dejado como pago por haberla ayudado a cambiarla por una nueva; una

ruedas parchadas y ya casi lisas; un asiento roto cuyos resortes se asomaban por sendos hoyos en el cuero de imitación...

No era bonita ni de un solo color, pero estaba bien armada: sería una buena montura, una yegua con músculos de acero (porque parecía acero) y patas de caucho que devoraría los kilómetros de aquella ciudad fronteriza y desértica.

La primera noche que la probó, Lucía se sintió un ave que, recién curada de su ala, emprendía el vuelo por primera vez en mucho tiempo. Comenzó despacio para tomar confianza y, cuando llegó a la avenida, se preguntó si dichas aves tendrían el mismo miedo al vuelo que ella a rodar.

Luego de un par de horas, había vuelto a sentir la bicicleta como una extensión de su cuerpo. Con la frescura de la noche, las luces de la ciudad y los sonidos pasajeros, recobró la sensación de plenitud y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

Aquella noche el trabajo la llevó por rutas conocidas y no hubo ninguna sorpresa, salvo por el par de patrullas que vio rondar la casa que usaban como centro de distribución. Se cuidó de evitarlas porque, aunque no sabía qué cepa de hierba, de las muchas que su empleador tenía en venta, llevaba consigo, sabía que ninguno de los paquetes recién recogidos debía caer en manos de la policía, o por lo menos no de modo que pudiera vincularse con ella.

## 4

Al principio, el ente no comprendió los golpeteos ni el trajín. Nunca había sido manipulado así, con cambios súbitos, sí, pero medidos, calculados. Pronto, se halló apoyado sobre unos miembros ajenos, injertados en su cuerpo por medio de una mecánica sencilla, que explicaba los constantes golpeteos. Pero no había malicia en aquella violencia, no era en absoluto comparable al estremecimiento de las caídas recientes, a las cuales no había podido sobreponerse.

Se sintió transformado, un poco más libre que los meros objetos, aunque aquel movimiento no dejaba de ser pasivo. Entonces, era *conducido*, y ya no meramente manipulado, por un ser orgánico de constitución lozana, movido por impulsos eléctricos, que lo había sanado con su interés y paciencia constantes.

Conforme pasó el tiempo aprendió a sentir aquel cuerpo que aprovechaba la fuerza del suyo, sin el cual no podría distinguirse de los objetos inertes que poblaban la intersección de los planos inferiores. Entendió cómo aquellos músculos movían los suyos a través de un ciclo de esfuerzo constante. Un estallido de emoción erizó la red de energía que transformaba sus moléculas al revelársele que, al revertir aquel ciclo, el movimiento se invertía, sus apéndices —también circulares, también en comunión con aquel mecanismo que lo unía con el otro cuerpo— giraban en sentido inverso para detener la

marcha. Y este conocimiento no sólo lo era de sí mismo, sino de todo aquel exterior desconocido y de aquella fuerza persistente, orientada, que se servía de él tanto como él de ella, porque le había abierto, con la fuerza de unos músculos orgánicos, un camino de vuelta a su hogar.

Pero el ente no estaba listo todavía. Podía sentir menguadas sus fuerzas, y una suerte de tristeza general, una que lo había hecho comulgar con la chica que lo conducía, que le había abierto la puerta a un mundo oculto poblado de añoranzas y decepciones que se presentaban ante él como formas caprichosas cuyo contenido, sin embargo, le era íntimo.

## 5

A pesar de los repetidos operativos de las autoridades para desmantelarlo, el campamento de migrantes siempre hallaba la manera de volver, porque ese era el orden de las cosas, el ciclo del anhelo y la frustración, el péndulo de la esperanza y la impotencia. Lucía llegó en su bicicleta, el portabultos cargado con cuatro galones de agua que entregó a la cuadrilla de voluntarios que administraba y recibía las donaciones. Conocía a algunos pocos migrantes, a los más viejos, los que llevaban años tratando de cruzar. Los saludaba, les deseaba suerte, les conseguía algún medicamento. Pero, a pesar de sus intenciones, a veces las noticias aciagas sobre sus conocidos la lastimaban tanto que evitaba el campamento durante semanas, aunque ella, también, volvía siempre.

Tras estas visitas, disfrutaba de rodar junto al muro de la frontera. Fantaseaba con tomar suficiente impulso para saltarlo con una rampa. Pero el anhelo de un día atravesar legalmente, por la garita, y alcanzar la ciudad de Chicago, donde vivía su hermana desde hacía años, la devolvía a la tierra, por mucho que supiera que su sueño era lejano y que lo único que había para ella era aquel trabajo donde arriesgaba su vida y su libertad.

Y, una de esas noches, un poco distraída por sus ensoñaciones, se dirigía hacia una alcantarilla abierta cuando advirtió que estaba frenando. No recordaba haber visto el boquete, así que se preguntó si acaso el pedal había jalado su pie con la correa, y no al contrario. Al final la noción se le antojó delirante y concluyó que estaba exhausta.

## 6

En lo íntimo de su cuerpo metálico, el ente comenzaba a sentir restaurada su fuerza. Podría, muy pronto, emprender el viaje de regreso. Pero algo lo mantenía allí, aunque esta vez no era algo impuesto desde el exterior hostil, sino algo que venía desde sí mismo, una especie de cadena que lo ataba. Pero no. No era una cadena, ni lo ataba. Era un vínculo. Una preocupación por aquella otra entidad cuyos anhelos, sueños, sangre y respiración había aprendido a sentir en sus propias moléculas. Comprendió que ese era el único motivo por el que aún estaba en la intersección de los planos inferiores.

## 7

Era noche y Lucía pedaleaba calle abajo con rumbo a su siguiente entrega, cuando las sirenas ulularon de pronto y el altavoz emitió un rugido electrónico:

—Detente, ciclista, detente.

La muchacha exhaló y emprendió la huida de un animal perfectamente adaptado al entorno urbano, fluyendo, a toda la velocidad que le permitían sus piernas, entre los vehículos de la avenida, y luego, inesperadamente, subió la acera y atravesó el parque público, derrapó varias veces con precisión para evitar vendedores ambulantes, jardineras, fuentes, perros, y salió de nuevo por otra calle. Cuando miró atrás, no había señas de su perseguidor, pero, en la siguiente esquina, un coche en sentido contrario atravesó a toda velocidad, y ella hizo un derrape largo tan repentino que por poco acaba bajo las ruedas del vehículo. Perdió varios segundos, pero aceleró y se adentró en una callejuela. En un instante se quitó la mochila y la arrojó con la mano izquierda en un canal de desagüe. Oyó el rugido de motocicletas y escapó por el callejón, pero, al llegar a la bocacalle, una patrulla le cerró el paso. Lucía frenó y dio media vuelta sólo para encarar dos motocicletas. Se detuvo, empezó a pensar cómo redactaría su declaración, pero sabía que no saldría bien librada.

Sintió de pronto un temblor bajo sus pies, entre sus manos. La bicicleta avanzó entre las motos, girando de formas caprichosas que desafiaban las leyes de la física y que no

podían responder a maniobras humanas. Se alejó varios metros y desapareció en un destello.

Lucía vio formas y colores difusos, incomprensibles, que le recordaron su primera experiencia con ácido lisérgico. Poliedros se abrieron y cerraron frente a ella, cambiando de forma y de posición constantemente mientras ella sentía un vértigo inmóvil, un temor apenas contenido por una voz que le decía que todo aquello le era familiar. Y, sin saber cómo, sin poder describirlo tras la experiencia, Lucía comprendió: concentró sus anhelos y los proyectó en un haz de energía inteligente capaz de navegar aquel laberinto inefable.

Todo paró tan pronto como había comenzado, y Lucía sintió de nuevo la pesadez de su cuerpo. Su bicicleta se había ido. Abrió los ojos. Por un momento no supo si soñaba. Apretó los ojos y volvió a abrirlos. Allí estaba, frente a ella, el inconfundible contorno de la ciudad de Chicago.

**Esteban Govea** (Celaya, Guanajuato, 1988) es narrador, poeta, guionista y doctor en filosofía por la UNAM. En 2010 y 2020 obtuvo menciones en los concursos 41 y 51 de la *Revista Punto de Partida*. De 2010 a 2011 estudió guion de cine en el CCC. En 2011 obtuvo la beca de guion de largometraje del IMCINE por la cinta *Réquiem por miss Sonora*. Fue incluido en *El lejano Oriente en la poesía mexicana*, antología compilada por Elsa Cross. Es autor de los libros: *Los Onironautas* y *La poética robot y otros cuentos*. Dirige el sello independiente Editorial Grifo.

---

# LA VIDA ES UNA BROMA DE MAL GUSTO

VÍCTOR PARRA AVELLANEDA

[No ficción]

*Hay una teoría que afirma que, si alguien descubriera lo que es exactamente el Universo y el porqué de su existencia, desaparecería al instante y sería sustituido por algo aún más extraño e inexplicable.*

*Hay otra teoría que afirma que eso ya ha ocurrido.*  
DOUGLAS ADAMS, El restaurante del fin del mundo

*No necesitamos otros mundos. Necesitamos espejos.  
No sabemos qué hacer con otros mundos.  
Con uno, ya nos atragantamos.  
Aspiramos a dar con nuestra propia e idealizada imagen:  
habrá planetas y civilizaciones más perfectas que la nuestra;  
en otras, en cambio, esperamos encontrar  
el reflejo de nuestro primitivo pasado.*

STANISLAW LEM, Solaris

## 1

**EL ORIGEN DE LA VIDA Y SU SENTIDO (O  
SINSENTIDO)**

En plena Segunda Guerra Mundial, en 1943, el físico Erwin Schrödinger dio una conferencia titulada *¿Qué es la vida?*, en donde especuló sobre la naturaleza de la vida a nivel microscópico, empleando para ello la física cuántica: campo donde él fue pionero. El trabajo de Schrödinger fue de por sí visionario, llegando a predecir la existencia del ADN 9 años antes de que se descubriera, y demostró que la especulación nos puede llevar a caminos interesantes. La ciencia utiliza la imaginación para adelantarse a lo que se conoce; trata de buscar la forma de lo que aún no sabemos que existe. Sé que será muy extremo y quizás nada prudente decir que, cuando Schrödinger publicó su trabajo en aquel lejano 1944, lo que hizo también fue un ejercicio de ciencia ficción dura, desde un punto de vista algo forzado y conveniente. Predijo la existencia de un código donde debería estar contenida la vida, en moléculas complejas, en lo que llamó un cristal aperiódico; es decir, una molécula que no se repite, como el cristal de cuarzo, sino que tiene siempre variaciones o permutaciones. Este trabajo terminaría inspirando a numerosos científicos años después, hasta terminar con el descubrimiento del ADN en 1953. De hecho, antes de esto, otros autores como Pauling, proponían modelos donde el ADN

no tenía 2 hebras, sino 3. En aquel momento, ambas ideas eran hipótesis válidas; para nosotros, claro está, un ADN de 3 hebras resultaría algo extraño, digno de una obra de ciencia ficción sobre extraterrestres.

¿A dónde quiero llegar con todo esto?

Especular nos permite imaginar realidades nuevas y también realidades ocultas frente a nuestros ojos. Una de esas realidades es la vida en sí. ¿Qué es la vida? ¿Tiene algún sentido? ¿Por qué existimos? Este ensayo será un breve recorrido por la historia de la biología, la exobiología y cómo la ciencia ficción ha contribuido a su desarrollo.

Richard Dawkins suele decir que las preguntas que incluyen un *porqué* son de índole más metafísica o dogmática y, por lo tanto, no tiene mucho sentido formularlas y responderlas (aunque, a decir verdad, Dawkins promueve un ateísmo que, para algunos se puede considerar dogmático). Simplemente hemos de conformarnos con un *cómo*. Es decir: cómo surgió la vida y hacia dónde puede ir. No un propósito.

Los seres humanos nos hemos preguntado esto muchas veces a lo largo de toda nuestra existencia, ya sea en la forma de mitos, filosofías, doctrinas, métodos racionales y también mediante la creación artística. Todas las expresiones humanas, de alguna forma, llevan al mismo camino de buscar un propósito, aunque eso implique llegar a la conclusión de que quizás no exista tal cosa.

Pero, ¿el que no tengamos un propósito de existir realmente importa? Las hormigas existen y hacen cosas de hormigas, lo mismo que los pájaros y todos los animales y cosas vivas que hay en el mundo. Somos nosotros los que llegamos a angustiarnos

por estas cuestiones al grado de inventar ramas del pensamiento como la filosofía y la biología para tratar de apaciguar este terror nocturno, mientras el resto del planeta hace lo suyo (bueno, no sabemos si los cuervos, que tienen una inteligencia prodigiosa, al igual que los simios, los delfines, los pulpos y los cerdos, en realidad hayan pasado por dilemas parecidos; solo que, como no hablan nuestro idioma, no lo hemos notado).

Alguien con mayor carisma, o impaciencia, podría decir que el propósito de la vida y su razón última es para que algún día, una especie lo suficientemente inteligente (o hipocondriaca) se atormente y agobie por una crisis existencial. Puedo decir, con total descaro y nada de vergüenza, además, que la vida es en realidad una broma pesada. Sí, así como está escrito: **una broma pesada**. Quizás la mejor broma de la historia de todo el universo. ¿Qué sentido tendría la vida sino para que ella misma reflexione sobre su existencia y encuentre como conclusión que no tiene ningún propósito?

A pesar de todo, con propósito o sin él, existimos y seguimos haciendo nuestras cosas. Puede incluso que aparezca otra especie inteligente y llegue a preguntarse qué es la vida y muy posiblemente nunca pueda responder esta pregunta.

Pero, ¿acaso esto importa?

El mundo cambia y eso es bastante obvio. Ya Heráclito reflexionaba sobre la mutabilidad al observar su famoso río. Un río que nunca es el mismo, pero que no deja de ser un río. Otros filósofos, como Aristóteles, sostenían que los seres vivos no mutaban, no cambiaban y, por el contrario, eran siempre los mismos. Por otro lado, Platón afirmaría que existe el mundo de las ideas, o las formas perfectas de los seres vivos

que, como un molde de bronce, vendrían a ser la base de todos los seres. Por ejemplo, un molde perfecto en el plano espiritual en forma de gato, sería el precursor de todos los gatos del mundo material. Lo mismo para el resto de las criaturas, incluyendo al ser humano: seres ideales que, en el plano material, se vuelven imperfectos y dan como resultado a toda la variabilidad. Las reflexiones de Aristóteles y Platón se hicieron norma por los siguientes mil quinientos años, durante la Edad Media, mientras que la idea del cambio de Heráclito quedó sepultada en el olvido hasta el inicio de la Ilustración.

Entre los siglos XVIII y XIX existían dos corrientes opuestas. La primera era la que abogaba por la generación espontánea de la vida y la segunda aseguraba que la vida no se originaba de la nada.

Ya la ciencia ficción ha explorado el escenario de cómo sería el mundo si la generación espontánea fuera la norma que rige nuestra realidad. El autor Ted Chiang, en su relato *Ónfalo*, nos habla de un tronco fosilizado de un árbol que habitó justo en el inicio de los tiempos; dentro de los anillos de crecimiento hay un punto en blanco, sin estrías ni ninguna marca anterior a la edad que tiene el mundo, lo cual significa el inicio de la Tierra por generación espontánea y la no variación de las especies. En otro relato del mismo autor, *Setenta y dos letras*, un grupo de naturalistas descubre en homúnculos humanos el número de generaciones que le quedan a nuestra civilización antes de extinguirse súbitamente. No existe la evolución. Simplemente, las especies aparecen y desaparecen sin más.

Sin embargo, la realidad no se comporta así. La vida no aparece de la nada y este simple hecho implica dos cosas

importantes: 1) que la vida surgió a partir de algo sencillo que fue haciéndose más complejo y 2) la vida, al hacerse más compleja, cambia y evoluciona.

Personajes como Cuvier observaron que la Tierra cambia, que tiene capas y que en esta es posible estudiar las etapas de su cambio. El tiempo puede leerse a través de los estratos geológicos, y en estos está escrita la historia de la vida. Después, Charles Darwin en *El origen de las especies*, influenciado por Malthus y por Cuvier, expondría que las especies no han sido las mismas y que existe una presión natural que hace que las cosas vivas compitan y se vuelvan más eficientes o, por el contrario, desaparezcan: la selección natural.

Con esto Darwin pone en claro que la vida no surge de la nada y es, de hecho, una entidad que está sujeta a presión y al cambio a través del tiempo y, por lo tanto, tiene un origen. Contrario a las historias de Ted Chiang, los científicos del siglo XIX encontraron fósiles que terminaron por validar la idea de Darwin sobre la evolución de las especies. Ya con el descubrimiento del *Archaeopteryx*, vendría una prueba material de las formas intermedias entre las especies que evolucionan y un claro ejemplo de que la vida sobre la Tierra nunca ha sido igual. Cada eslabón muta, y existen estas formas intermedias que, en el registro fósil, son las pistas que nos permiten seguir la evolución a través del tiempo hasta nuestro presente.

Para los creyentes de la generación espontánea y de la idea de que las especies eran inmutables, el descubrimiento de esta ave del Jurásico fue un duro golpe. Una broma pesada que el mismo universo había puesto ahí para que, cierto día, millones

de años después, la vida misma tuviera la certeza de que seguía sin comprenderse.

Ya por la década de 1860, Louis Pasteur demostró que la vida no puede surgir de manera espontánea, con su famoso experimento del matraz con cuello de cisne, donde aisló un caldo nutritivo y lo hirvió, ante lo cual no surgió ninguna colonia bacteriana, como se pensaba que sucedería. El caldo estaba estéril. Esto tendría una repercusión importante en la manera en que se veía la vida en aquella época. En primer lugar, la vida no era algo que surgiera de la nada porque sí. No era posible el surgimiento espontáneo de ratones, abejas o seres humanos de la nada; sino que para que existiera la vida primero deberían establecerse las condiciones óptimas para su desarrollo.

¿Y cuáles son estas condiciones?

La respuesta vendría allá por 1924 con la publicación de *El origen de la vida* de Alexander Oparin, quien formuló la idea de que la vida en la Tierra debió originarse en condiciones abióticas y, a ello, se siguió todo un proceso de complejidad en referente a la organización de las moléculas que componen lo vivo. Una atmósfera reductora, presencia de moléculas como agua, metano, amoníaco e hidrógeno que, con suficiente energía (proveniente de la actividad volcánica de la Tierra primitiva y las descargas eléctricas de relámpagos) y mucho pero mucho tiempo (para ser preciso, hablamos de millones de años), formarían moléculas tan complejas e importantes como los aminoácidos. Unos años más tarde, en 1953, S. L. Miller trabajaría con un matraz aislado, en cuyo interior simularía las

condiciones propuestas por Oparin. El resultado: fue posible sintetizar aminoácidos.

Parece una broma que la vida y nosotros provenimos de una sopa primitiva y que la Tierra no sea más que un matraz gigante flotando en la oscuridad del espacio. Y digo una broma, porque viene a demostrar que la vida surgió por azar. No porque hubiera un propósito divino; simplemente, las condiciones adecuadas hacen que sustancias químicas se vuelvan más complejas hasta formar estructuras capaces de ensamblarse a sí mismas y que, en última instancia, puedan escribir ensayos sobre el origen de la vida y la evolución, como este.

Ya Richard Dawkins en su libro *El gen egoísta* retomaba la idea de Oparin-Haldane sobre el origen químico de la vida, añadiendo el concepto de gen egoísta y de máquina de supervivencia. Entre la variedad de sustancias químicas surgidas por la síntesis abiótica, están los aminoácidos y las moléculas de información (ADN y ARN). Estas moléculas de información son susceptibles al ambiente y terminan degradadas. Una manera de sobrevivir, según Dawkins, es empleando corazas o máquinas de supervivencia. Ya Oparin y Haldane proponían el concepto de coacervados, que no son más que simples esferas de lípidos capaces de ensamblarse a sí mismas y que son un buen modelo de una célula primitiva o protocélula. Eso sí, los coacervados no son cosas vivas, pero son un componente importante para estas protocélulas, siendo un buen modelo de lo que serían las primeras membranas celulares. De esta manera, las moléculas como el ADN o ARN se protegían del ambiente

por medio de sus máquinas de supervivencia y competirán por recursos, volviéndose cada vez más complejos.

Dawkins dice que el ADN es egoísta, porque nos usa como simples vehículos para sobrevivir a través de generaciones.

Nosotros, bajo esta óptica, no somos más que recipientes hechos de células: desechables, prescindibles y cuya única finalidad es salvaguardar la integridad de nuestro ADN, el cual trascenderá a través del tiempo, usándonos.

El cuerpo se corrompe, pero el ADN sobrevivirá sin nosotros. Ya otros futuros descendientes (humanos que aún no existen) serán los dichosos de entrar en este ciclo donde, sin saberlo, se convertirán esclavos de esta molécula que algunos podrían considerar maquiavélica.

Ahora, tal vez podamos contestar la pregunta sobre el propósito de la vida y esta sea que la vida solo sirve como un envase que, tarde o temprano, debe ser desechado por el aumento de la entropía por reacciones químicas y el desgaste del metabolismo y la incapacidad de los sistemas vivos por prevalecer más allá de cierta cantidad de años. ¡Ah!, y además ese envase se volverá lo suficientemente complejo como para desarrollar un cerebro, con el que formulará un sinfín de teorías sobre su propio origen y todo para encontrar que en realidad no tiene mucho valor.

El lector debe perdonarme, pues el texto que lee ahora mismo está incluido en una revista de ciencia ficción y hasta el momento no se ha mencionado mucho acerca de este género.

Debo pedir (más bien, implorar) paciencia. Ya llegaremos al punto donde todas las cosas convergen.

Lo prometo, este texto hablará de ciencia ficción más adelante. Pero permítame por favor unas cuantas páginas algo académicas.

## 2

### EVOLUCIÓN, CANIBALISMO Y SIMBIOSIS

Las formas de vida no son entidades independientes peleándose unas a otras con el objetivo de destruirse entre sí y, finalmente, que una sobreviva y se convierta en la dominante absoluta. Esta idea, tomada muy en serio cuando salió *El origen de las especies*, a lo largo del tiempo ha sido empleada por supremacistas que, tratando de justificar su misantropía y sus tendencias autodestructivas, emplearon la absurdamente simplista frase de *solo sobrevive el más fuerte*. Incluso el mismo Charles Darwin argumentó que los pueblos nativos de África y América eran, según el contexto del colonialismo europeo del siglo XIX, *inferiores*. En el llamado darwinismo social, los débiles son eliminados, mientras que los fuertes sobreviven y se convierten en dueños del mundo; con esto, comportamientos cuestionables como el racismo, la esclavitud, el colonialismo, el genocidio y la eugenesia llegaron a justificarse *científicamente*.

En obras de la época como *La guerra de los mundos*, de Herbert G. Wells, se llega al extremo de esta máxima; con una

invasión de marcianos superiores tecnológicamente, arrasando todo a su paso. Wells imagina el aspecto de los marcianos como pulpos que se desplazan en sus corazas debido a la gravedad terrestre, mayor que la de Marte. Imagina también una motivación fuera de lo humano (lo cual es en sí terrorífico, porque resulta indescifrable entender a la otra criatura). Parte de la ciencia ficción de años siguientes, sobre todo la referente a vida fuera de nuestro mundo, se centraría en argumentos similares, sobre invasiones alienígenas y nuestra indefensión. Es de nuevo, la idea malentendida de que el más fuerte prevalece.

Lo cierto es que esta visión sería modificada a mitad del siglo veinte cuando Lynn Margulis, tras revisar bibliografía ignorada en la época en que los naturalistas se cerraban en pensar que el más fuerte es el que sobrevive, y en especial, observando con mucho detalle las estructuras celulares, se dio cuenta de que la vida no se aniquila ni la evolución es una guerra unilateral. Margulis retomó las ideas de Andreas Schimper y Konstantin S. Merezhkovsky sobre la posibilidad de que los cloroplastos tuvieran un origen relacionado a cianobacterias y fueran el resultado de un proceso de asimilación denominado *endosimbiosis*. En su momento, estos postulados fueron ignorados o duramente atacados por los científicos de ese entonces, hasta la llegada de Lynn.

Ella rescató estas ideas, las perfeccionó, y recopiló datos experimentales para comprobar que, efectivamente, muchas de las estructuras celulares eucariotas (de plantas, hongos y animales), provienen de una fusión de varios tipos de bacterias.

La vida no es una guerra, sino una alianza.

¿Qué mejor manera de eliminar a la competencia que haciendo amistad con el adversario? Es una estrategia que gasta menos energía que estar todo el tiempo a la defensiva, exterminando a los organismos que requieren los mismos recursos. Algunas entidades biológicas quieren la misma cosa, y la unión con otras cosas vivientes les proporciona ventajas. De acuerdo a Margulis, esta interacción inicia como una depredación o un parasitismo que, al final de cuentas, no funciona y finalizaría con una intimidación tan fuerte que ambos se convierten en un solo organismo más autosuficiente. Ambos salen ganando y de paso se van perfeccionando cada vez más hasta formar a los organismos que tenemos hoy poblando toda la Tierra.

Visto desde este punto de vista, la endosimbiosis está incluso presente a nivel molecular. ¿No son los compuestos químicos resultado de la unión entre elementos diferentes? De esta manera la vida se origina por la agregación de moléculas complejas que se ensamblan entre sí y encuentran un acomodo de acuerdo con las leyes químicas y termodinámicas. Luego, aparecen los genes egoístas con sus carcasas o máquinas de supervivencia, y después aparecen los aminoácidos que forman proteínas y estructuras más y más complicadas pero que en conjunto funcionan a la perfección.

¡Pasan los años y se van reclutando a más moléculas del exterior ... *et voilà*, la vida está servida!

Protozoos, hongos, algas, hierbas, helechos arborescentes, coníferas, peces, anfibios, reptiles, dimetrodones, dinosaurios, mamíferos y nosotros. Somos el resultado de un largo proceso de amistad que va desde el nivel molecular hasta el celular. Sin

embargo, de acuerdo con Lynn Margulis, esta interacción al inicio tuvo el objetivo de ser depredación, así que, no siempre todas las células fueron tan amigas. Esto lo explica en su obra *¿Qué es el sexo?*, donde argumenta que la fusión de gametos (la base de lo que llamamos reproducción sexual), fue en su inicio un intento fallido de canibalismo entre células del mismo tipo. Al igual que ocurrió con las cianobacterias fallidamente devoradas y posteriormente asimiladas como simbioses, en el caso del sexo, las células caníbales no pudiendo digerir ciertas estructuras como el núcleo, terminaron fusionando su material genético y formando a las entidades diploides. Por otra parte, se argumenta que la reproducción sexual ha permitido aumentar la variabilidad genética y proteger a los individuos de la acumulación de mutaciones deletéreas y la acción de patógenos como bacterias y virus. Pero, existe también la hipótesis de que la fusión de gametos resultó en una estrategia para contrarrestar los efectos de las células tumorales en los primeros organismos multicelulares, tal como lo expone Frédéric Thomas y colaboradores en su artículo *Transmissible cancer and the evolution of sex*, publicado en PLOS Biology en 2019. De esta manera, organismos asexuales que presenten células con fallos en su ciclo celular heredarán estas células cancerosas a sus descendientes con una mayor incidencia ya que, al tener la misma genética, estarán preadaptadas y proliferarán con bastante facilidad; mientras que los organismos multicelulares con reproducción sexual, poseerán variabilidad genética que impedirá a las células cancerosas adaptarse y reproducirse agresivamente.

Lo cierto es que, de acuerdo a Margulis, el canibalismo y el parasitismo son pasos inevitables en la biología que, tarde que temprano, resultarán en simbiosis.

¿Y qué hay sobre que la vida es una broma de mal gusto? El lector puede estar esperando la relación temática, y mi respuesta es que, la vida es, de cierta forma, una gran reunión de amigos que se juntan para burlarse de uno y decir *que no se están riendo de nosotros, sino riéndose con nosotros*. Esto es, que las bacterias se juntaron hace miles de millones de años y después de ese tiempo estamos aquí, preguntándonos qué es la vida y divagando todas estas cuestiones tanto científicas, filosóficas como existenciales, solo para tener certeza de que aún nos falta mucho, pero mucho por saber, y, algunos autores (como yo), argumentan que la vida en realidad no tiene sentido y que todo es un azar. Un bonito azar.

De manera burda, diríase que la vida es una gran fiesta que organismos unicelulares iniciaron y que se les fue de control.

Como mi analogía de una fiesta descontrolada quizás no sea el ejemplo más poético o estéticamente más aceptable para describir algo tan complejo como la vida, me parece apropiado citar una reflexión de Lynn Margulis sobre la endosimbiosis, la cual menciona en su libro *Planeta simbiótico*:

*En realidad, el árbol de la vida a menudo crece hacia dentro a partir de sí mismo. Las especies se juntan, se fusionan y constituyen nuevos seres que vuelven a empezar (...) El árbol de la vida es una entidad enmarañada, retorcida y pulsante, con raíces y ramas que se encuentran bajo la tierra y en el aire para formar excéntricos frutos nuevos e híbridos.*

## 3

**EN BUSCA DE NUESTRO REFLEJO EN LAS  
ESTRELLAS**

Me pregunto si este tipo de árbol amorfo y dinámico que describe Lynn Margulis estará presente también en otros mundos, en otros planetas. ¿La semilla de este enigmático árbol está enterrada o ya germinada en otros astros del universo? ¿Se darán en otros mundos, actos similares de depredación e intentos de canibalismo celular que dan origen a la reproducción sexual?

¿Existe vida fuera de la Tierra?... Es una pregunta frecuente, pero quizás otra cuestión aún más intrigante sea si esta vida hipotética esté sometida a la selección natural tal como la conocemos y, por lo tanto, encontremos criaturas parecidas a las que se han estudiado en nuestro mundo.

Aquí es donde me parece oportuno hacer mención de la ciencia ficción, sobre todo de la corriente de la biología especulativa. Aunque, realmente, los seres humanos hemos especulado sobre formas de vida desde que se tiene registro (desde criaturas mitológicas, como dragones, nahuales, pulpos gigantes o serpientes emplumadas), en nuestros días hemos logrado crear la tecnología que nos permite materializar

criaturas imposibles mediante ingeniería genética. La llegada a este estado ha sido algo curiosa, pues las obras de ciencia ficción han inspirado a científicos que inventaron tecnologías, como lo que ocurre con las IA.

Sin embargo, en la ciencia ficción no solamente se ha especulado con la manipulación de criaturas, sino en cómo estas pueden ser creadas por fuerzas naturales, por la evolución de mundos similares al nuestro, e incluso el impacto que tendría encontrarnos con algo no humano. Tenemos el ejemplo de Lovecraft, con su horror cósmico, imaginando algo fuera de la comprensión humana, obedeciendo leyes distintas a las terrestres.

El escritor inglés Olaf Stapledon en su novela *El hacedor de estrellas*, publicada en 1937, hizo quizás uno de los más creativos ejercicios mentales sobre la especulación de la vida y evolución en otros planetas y un buen acercamiento imaginativo hacia esta pregunta. Se imaginó sociedades de seres extraterrestres con morfologías totalmente diferentes a las de la Tierra e incluso jugó con la posibilidad de que algunos sentidos, los cuales para nosotros son comunes, en otros mundos sean insospechados o incomprendidos, tal como lo ilustra el siguiente fragmento:

*Muchas ideas que los terrestres habían alcanzado gracias a la vista, y que aún en su forma más abstracta conservan huellas de su origen visual, eran concebidas por los Otros Hombres en términos de gusto. Por ejemplo, nuestro "brillante", que aplicamos a personas o ideas, era para ellos una palabra con el significado literal de "sabroso". En vez de "lúcido" ellos usaban un término que habían empleado los cazadores de las épocas primitivas para designar un rastro que se podía seguir fácilmente con el gusto.*

*Tener una "iluminación religiosa" era "saborear los prados del cielo".*

Por su parte, el autor polaco Stanislaw Lem, en su obra *Solaris*, imagina a una forma de vida que en realidad es todo un planeta, o un *planeta protoplasmático*, de donde surgen entidades biológicas que imitan naves espaciales y otras invenciones humanas sin razón aparente; sin embargo, los investigadores, a pesar de todo el rigor de la ciencia, no logran comprender qué son esas formas de vida; en su afán de encontrar respuestas, recurren a comparar elementos de ese planeta con objetos y animales de la Tierra, pero no terminan de resolver nada porque, de acuerdo con Stanislaw Lem, la vida terrestre no es la misma que la de *Solaris*. En esta obra, lo que se plantea más que nada, es esta limitación del conocimiento humano y, al mismo tiempo, una propuesta de qué tan diferentes caminos evolutivos podrían tomar la vida en otros mundos, bajo condiciones distintas, bajo eventos de extinciones diferentes. Un camino que resulte en una forma biológica que no tenga absolutamente nada que ver con lo que conocemos en la Tierra, incluso cuya historia evolutiva diste totalmente de todas las predicciones que pudiésemos hacer y, por el contrario, nos encontremos con algo verdaderamente desconocido y desconcertante:

*El océano era el resultado de un desarrollo dialéctico: desde su forma primigenia, el precéano, una solución de cuerpos químicos que reaccionaban perezosamente, logró —bajo la presión de las condiciones (o sea, los cambios en la órbita que amenazaban su existencia), y sin la intermediación de los distintos grados del desarrollo terrestre, saltándose por tanto las fases de creación*

*de los protistas y los metazoos, la eclosión vegetal y animal, así como la aparición del sistema nervioso y el cerebro— evolucionar inmediatamente a la fase de «océano homeostático». En otras palabras, no se fue adaptando durante millones de años a su entorno (como sí hicieron los organismos terrestres) para desembocar, transcurrido ese largo periodo de tiempo, en una especie racional, sino que enseguida controló su entorno, sin apenas fases intermedias.*

En este punto conviene preguntarse si lo que vemos en la Tierra puede ser aplicado a todo el universo o, por el contrario, podríamos encontrar biología tan exóticas como las propuestas en las obras de Olaf Stapledon o Stanislaw Lem, en las que nada de lo que conocemos podría ocurrir por las condiciones tan distantes a las terrestres. ¿Qué tan diferente puede ser la vida? ¿Es el árbol que mencionaba Lynn Margulis universal o, por el contrario, existe la posibilidad de encontrar toda una variedad de otras *plantas* de la evolución?

Jeff VanderMeer en sus novelas ha incorporado esta idea, presentando obras donde la vida se desdibuja en nuevas entidades, en una evolución sin fronteras: híbridos, zonas invadidas por un hervidero de manifestaciones biológicas incomprensibles provenientes de otro mundo, en *Aniquilación*; modificaciones moleculares que transforman lo humano en otra cosa, atravesando el territorio de la otredad. La ciencia ficción, junto a la filosofía y la ciencia actuales me parece que exploran las posibilidades de este enorme muro psicológico que en un futuro lejano podría ser una realidad para las generaciones que exploren el espacio y encuentren vida; ¿cómo lucirá esta vida?

Ricard Solé, en su libro *La lógica de los monstruos*, plantea esta incógnita sobre la universalidad de la selección natural y la universalidad de la vida; además, retoma el concepto de la evolución química abordada por Oparin y Antonio Lazcano en sus respectivas obras, donde explican que compuestos como el carbono y el agua son en realidad comunes en el universo y que siguen las mismas leyes físicas a nivel químico en cualquier rincón del cosmos. Por lo tanto, de acuerdo con este punto de vista, es posible que la vida pueda generarse en otros mundos y que siga condiciones parecidas a la de la Tierra.

Si un planeta hipotético se encuentra en una zona muy caliente, con demasiada energía, digamos, en un sistema con tres o más soles, muy probablemente la alta energía no permitirá la formación de sustancias más complejas y, por el contrario, todo intento molecular por volverse más elaborado terminará abruptamente. Por el contrario, en un mundo sin tanta energía, digamos un planeta que orbita una enana blanca, la energía no será suficiente como para acelerar los procesos de reacciones químicas. La baja energía, o el frío, no permitirán que interacciones tan complejas se presenten y, por lo tanto, como en el caso anterior, no se formará nada.

En estos dos ejemplos entra claramente una evolución y selección natural; si la primera se rige por la segunda, podemos descomponer a estas formas de vida en su expresión más pequeña, hasta llegar a los átomos y alcanzar la conclusión de que, de hecho, desde las fuerzas de la evolución derivan las leyes que gobiernan el universo.

Mucho se ha especulado sobre las bioquímicas alternativas, como la del silicio. En obras de ciencia ficción pulp (como

la novela *Sentenced to Prism* de Alan Dean Foster, donde hay criaturas cristalinas hechas de sílice, pasando por la película *Alien* donde el xenomorfo tiene sangre hecha de ácido); la bioquímica basada en el silicio ha sido empleada como elemento que explica la existencia de formas de vida exóticas, ante lo cual Antonio Lazcano explica en su libro *El origen de la vida*, los problemas que tendría un sistema vivo de estas características. En primer lugar, el silicio presenta un radio atómico mucho mayor que el del carbono, lo que dificultaría la capacidad para hacer enlaces químicos más complejos y, por último y no menos importante, el silicio es propenso a formar cristales y óxidos. Bajo esta perspectiva, una bioquímica del silicio se ve con mayores complicaciones que la del carbono. Ahora bien, con el descubrimiento y estudio de exoplanetas ha sido posible encontrar mundos con la posibilidad de albergar vida. Para determinar esto se han estudiado los elementos presentes en las atmósferas de estos planetas, algunas de las cuales son bastante parecidas a la de nuestro mundo.

Bajo la premisa de que la evolución es de hecho una consecuencia de las leyes físicas que aplican para todo el universo, se puede suponer que la vida es un fenómeno universal y que, bajo condiciones determinadas, es muy posible la existencia de otras formas de vida entre las estrellas. Bien puede surgir la cuestión de qué tan parecidos serán esas entidades vivas con lo que vemos en la Tierra, ante lo cual no dudo que existan variaciones bioquímicas en moléculas como aminoácidos o incluso en la naturaleza de los ácidos nucleicos. Actualmente tenemos a los virus, que tienen 7 tipos de maneras de presentar

su genoma (existen desde virus de ARN de una sola cadena, dos cadenas, hasta virus de ADN de una o dos cadenas).

De acuerdo con experimentos donde se han replicado las condiciones del origen de la vida, se ha obtenido una notable multitud de cientos de aminoácidos alternativos e incluso de bases nitrogenadas que pudieron existir hace miles de millones de años pero que, ya sea por la competencia o por la selección natural desde el nivel molecular, solo el grupo de aminoácidos y bases nitrogenadas actuales logró prevalecer, bajo las condiciones particulares de la Tierra.

Ricard Solé lo expone bastante bien en *La lógica de los monstruos*:

*Tal vez hubo otros códigos al principio que coexistieron con el ganador, pero los organismos que los portaban estarían con toda seguridad en una situación de inferioridad. Sin poder reducir eficientemente el impacto de las mutaciones inevitables, su descendencia se vería menos capaz de afrontar los cambios medioambientales y evolucionar. Hace unos 4000 millones de años, de entre una inmensidad de posibilidades, una fuerza de enorme poder –la selección natural– extrajo la solución ganadora. Y aquí sigue.*

Quizás la vida sea una consecuencia inevitable de la propia materia. Para lograr eso, es necesario que exista un universo donde los elementos más simples, como el hidrógeno, se vuelvan más complejos, donde se generen nubes de gas para después condensarse y formar estrellas y, de estos, planetas. Los elementos presentes en la Tierra y en todo el sistema solar preceden a una estrella anterior al sol que, hace miles de millones

de años, explotó. La aparente muerte da como resultado a la vida.

Como se diría poéticamente, somos materia estelar. Asimismo, existe una cantidad descomunal de estrellas con características muy cercanas a las de nuestro sol y también planetas que parecen evocar una imagen especular de nuestra Tierra. Es obvio que no todas las estrellas son iguales y lo mismo con los planetas. Pero hay leyes físicas que están presentes en esos mundos. Así como en la Tierra las leyes físicas produjeron reacciones químicas lo suficientemente complejas como para formar organismos vivos, en el resto del universo podrían presentarse los mismos fenómenos.

Es un dilema emocionante cuestionarse si las leyes que observamos en la vida en nuestro planeta aplican también para el resto del universo. La imaginación da cabida a bastantes especulaciones, como la curiosidad en saber si, así como las leyes físicas universales moldearon a los peces con su forma hidrodinámica, en otros mundos estas leyes producirán entidades alienígenas en forma de peces. ¿Qué tan diferente o bizarra puede ser la vida en otros mundos?

Actualmente tenemos una miríada de autores especulativos que nos ofrecen posibles respuestas: desde *All Tomorrows* del autor turco C. M. Kosemen, las obras del ya mencionado Jeff Vandermeer, las inquietantes formas de vida planteadas por Ted Chiang y su sistema de comunicación basado en otra forma de percepción de la realidad temporal, y un largo etcétera. Algo que es interesante observar en las obras de estos autores es que sus entidades extraterrestres son explicadas bajo la evolución terrestre como ley universal.

De alguna forma se podría considerar que, al ver a los organismos extintos del pasado, estamos realmente estudiando a organismos que vivieron en un planeta Tierra que ya no existe. En cada época las condiciones ambientales fueron diferentes a las actuales y eso repercutió en el camino evolutivo de las especies y en su morfología. Sin las extinciones en masa producidas por asteroides o por cambios ambientales, quién sabe qué criaturas existirían ahora. Pero lo cierto es que en la propia historia de la vida terrestre tenemos una ventana a un mundo de posibilidades: un mundo que podría seguir los mismos patrones hacia las estrellas, o bien, caminos ligeramente distintos. Puede incluso que se den diferentes eventos de extinción y cambios ambientales. Lo que sigue de estos planteamientos es totalmente terreno de la imaginación.

Sin duda, el hecho de que la evolución sea una consecuencia de las leyes físicas, ayuda a replantear la idea sobre la vida que tenemos y quiénes somos. ¿Es un fenómeno del azar? ¿Tiene algún propósito? ¿Es un camino inevitable de la materia en el universo? Y si es así, ¿seguirá el mismo camino o, por el contrario, hay muchos otros caminos que no conocemos?

Por el momento queda resolver lo que sabemos de la vida de nuestro propio mundo y nuestra propia biología para atrevernos a seguir especulando, aunque las exploraciones hacia planetas como Marte y hacia lunas como Titán o Europa logren darnos nuevas perspectivas. Esto, claro está, en el hipotético y tan anhelado día en que la humanidad descubra formas de vida en estos lugares de nuestro sistema solar.

Tal como lo dijo Stanislaw Lem en su novela *Solaris*:

El ser humano ha emprendido el viaje en busca de otros mundos, otras civilizaciones, sin haber conocido a fondo sus propios escondrijos, sus callejones sin salida, sus pozos, o sus oscuras puertas atrancadas.

¿Qué tan diferente será la vida fuera de la Tierra?, ¿Podremos encontrar espejos de nosotros mismos o monstruos como los de Lem?

Parece un enorme juego de mesa donde ningún jugador sabe de la presencia del otro y todos tratan de adivinar sus identidades.

Ya serán los habitantes del futuro (los futuros esclavos de los genes egoístas) quienes puedan aclarar todas estas dudas.

Por el momento, la vida resulta en una gran broma pesada en la que aún nos falta mucho por entender para poder emitir la última carcajada en el final de los tiempos.

Lo cierto y, lo único que tenemos de momento, es que mientras más sabemos más desconocemos y más nuevos caminos para investigación se abren frente a nosotros. Actualmente nuevas disciplinas como la biología sintética han permitido crear células con un genoma pequeño y utilizarlas como modelos de las primeras células que poblaron la Tierra, para así entender mejor cómo funcionan los sistemas vivos en su mínima expresión. El futuro promete en cuanto a nuevas respuestas, pero también a nuevas interrogantes que, sin duda, cambiarán ciertos aspectos de nuestra comprensión por lo que llamamos vivos. Un ejemplo de ello es el debate sobre la posibilidad de que entidades biológicas como los virus pueden considerarse como algo vivo; y más intrigante aún es su origen, ¿aparecieron antes que las células, durante o después? Todo

esto tiene importantes implicaciones en el entendimiento de la evolución como tal, como si fuera cada pregunta y respuesta una pieza de un enorme rompecabezas que, año tras año, década tras década y siglo tras siglo se va armando.

La investigación biológica formal no inició hasta el siglo XIX con el estudio de las células, los tejidos y el surgimiento de la genética; así mismo, los avances tecnológicos de la revolución industrial permitieron también el progreso de disciplinas como la física y la química: de alguna forma, una simbiosis entre ramas del conocimiento. No han pasado ni 300 años en los que la vida ha sido estudiada con el rigor del método científico y bajo los cuestionamientos que cada día surgen.

Quizás seamos algo impacientes por encontrar una, podría decirse, respuesta provisionalmente definitiva. La ciencia se adapta, tal como la vida misma. ¿Cuántos años tendrán que pasar para tener una perspectiva mucho más amplia del origen de la vida y de la evolución? Es una pregunta que quizás no tenga una respuesta más que especulativa. Cien, doscientos, quinientos o tal vez dos mil años. No lo sé. Pensar en el futuro da vértigo, pero no puedo ignorar lo emocionante que sería conocer qué descubrimientos científicos hacen falta por hacer.

La ciencia ficción, como producto de la época moderna predominado por la ciencia, ha sido uno de los tantos vehículos para imaginar realidades. Lo ha sido también la mitología y la filosofía. Me parece que de cierta forma la ciencia ficción ha sido una fuente inagotable de inspiración para los investigadores que se dedican a estudiar la vida y sus posibilidades. Las historias de encuentros extraterrestres, algún tiempo consideradas como pasatiempos inútiles, ahora son tomados como algo serio.

Y lo que más parece una broma pesada, quizás muy cruel, es que todas esas respuestas que llegarán en cientos o miles de años, están ahora mismo frente a nuestros ojos. Pero, como un tigre oculto entre la hierba, aún no somos capaces de verlo. En lo personal, me da un poco de vértigo e inquietud la posibilidad de que no seamos nosotros los que logren importantes avances, ni, aunque pasen miles de años, sino otras especies: quizás descendientes de los humanos del futuro o quizás otros taxones que nos superen.

Mientras tanto, no podemos más que reírnos de nuestra condición y hacer lo que está en nuestras manos. Reír mientras seguimos cuestionando la vida y la evolución, aprendiendo de los gigantes que nos han precedido y participar en esta gran cruzada por el conocimiento hacia la comprensión de lo que somos.

No sabemos cuál de todas las obras de ciencia ficción que se están escribiendo hoy y que nos plantean las posibilidades de una realidad, sean las que en verdad describan lo que ocurrirá.

Por el momento, solo podemos especular, con esta angustia existencial de no saber qué somos, buscando explicaciones en historias que nos llevan a posibles respuestas.

**REFERENCIAS:**

1. Cabrol N. A. (2016). *Alien Mindscapes-A Perspective on the Search for Extraterrestrial Intelligence*. *Astrobiology*, 16(9), 661–676. <https://doi.org/10.1089/ast.2016.1536>
2. Chiang Ted. (2020). *Exhalación*. Sexto Piso. 352 pp. Barcelona.
3. Chiang, Ted. (2001). *Seventy-Two letters*. *Vanishing Acts*. Disponible en: [https://ia802706.us.archive.org/33/items/TedChiangSeventyTwoLetters/Ted\\_Chiang\\_72\\_Letters.pdf](https://ia802706.us.archive.org/33/items/TedChiangSeventyTwoLetters/Ted_Chiang_72_Letters.pdf)
4. Dawkins, Richard. (1973). *El gen egoísta*. Salvat Ciencia. 12ma edición. 407 pp. Barcelona.
5. Engelhart, A. E., & Hud, N. V. (2010). *Primitive genetic polymers*. *Cold Spring Harbor perspectives in biology*, 2(12), a002196. <https://doi.org/10.1101/cshperspect.a002196>
6. Ferus, M., Pietrucci, F., Saitta, A. M., Knížek, A., Kubelík, P., Ivanek, O., Shestivska, V., & Civiš, S. (2017). *Formation of nucleobases in a Miller-Urey reducing atmosphere*. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 114(17), 4306–4311. <https://doi.org/10.1073/pnas.1700010114>

7. James F. Pelletier, Lijie Sun, Kim S. Wise, Nacyra Assad-Garcia, Bogumil J. Karas, Thomas J. Deerinck, Mark H. Ellisman, Andreas Mershin, Neil Gershenfeld, Ray-Yuan Chuang, John I. Glass, Elizabeth A. Strychalski. (2021). Genetic requirements for cell division in a genomically minimal cell. *Cell*. <https://doi.org/10.1016/j.cell.2021.03.008>
8. Lazcano A, Bada JL. *The 1953 Stanley L. Miller experiment: fifty years of prebiotic organic chemistry*. *Orig Life Evol Biosph*. 2003 Jun;33(3):235-42. doi: 10.1023/a:1024807125069. PMID: 14515862.
9. Lazcano-Araujo, Antonio. (1983). *El Origen de la vida: evolución química y evolución biológica*. Imp / Ed.: México, México: Trillas.
10. Lem, Stanislaw. (1961). *Solaris*. Impedimenta. 296 pág. Madrid.
11. Margulis, Lynn y Sagan, Dorian. (1997). *¿Qué es el sexo?* Metatemas. TusQuets Editores S.A. 248 pp. Barcelona
12. Margulis, Lynn. (1998). *Planeta simbiótico*. Debate. Edición de 2002. 176 pp. Madrid.
13. Nie, P., Bai, Y., & Mei, H. (2020). *Synthetic Life with Alternative Nucleic Acids as Genetic Materials*. *Molecules* (Basel, Switzerland), 25(15), 3483. <https://doi.org/10.3390/molecules25153483>

14. Oparin, Alexander. (1927). *El origen de la vida*. Editores Mexicanos Unidos. 103 pp.
15. Pressman, A., Blanco, C., & Chen, I. A. (2015). *The RNA World as a Model System to Study the Origin of Life*. *Current Biology*, 25(19), R953–R963. doi:10.1016/j.cub.2015.06.016
16. Sánchez Arteaga, Juan Manuel. (2008). *La biología humana como ideología: el racismo biológico y las estructuras simbólicas de dominación racial a fines del siglo XIX*. *Theoria: an international journal for theory, history and foundations of science*, ISSN 0495-4548, Vol. 23, Nº 61. págs. 107-124. Disponible en: <https://ojs.ehu.es/index.php/THEORIA/article/view/12/435>
17. Solé, Ricard. (2016). *La lógica de los monstruos*. Metatemas. TusQuets Editores. 245 pp. Barcelona.
18. Stapelton, Olaf. (1937). *El hacedor de estrellas*. Minotauro. 288 pág. Barcelona.
19. Thomas, F., Madsen, T., Giraudeau, M., Misse, D., Hamede, R., Vincze, O., Renaud, F., Roche, B., & Ujvari, B. (2019). *Transmissible cancer and the evolution of sex*. *PLOS Biology*, 17(6), e3000275. <https://doi.org/10.1371/journal.pbio.3000275>

**Víctor Parra Avellaneda** (Nayarit, México 1998). Biólogo y escritor de ficción especulativa. Fue becario del PECDA Nayarit 2018-2019 en la categoría de cuento. Ha publicado en revistas de alcance nacional e internacional como *Axxón*, *Penumbria*, *Anapoyesis*, *Espejo Humeante*, *Pirocromo* (UAA) *Sci:fdI* (UCM), *Zur* (UFRO), *La Colmena* (UAEM), *The Temz Review*, *Piker Press* y *The Pink Hydra*, entre otras. Autor del libro de cuentos de ciencia ficción *Más allá del horizonte* (Ediciones del Olvido, 2022). Miembro de ALCIFF, de la IASFA y del GCTE.